

LA PALABRA  
CAMBIÓ MI VIDA

MANUEL DÍAZ ALVÁREZ

EDICIONES PAULINAS



# **LA PALABRA CAMBIO MI VIDA**

## Colección

### CARISMA

- LA PALABRA CAMBIO MI VIDA  
Manuel Díaz Alvarez
- JESUS ES EL CAMINO  
Lino Sevillano
- HE HABLADO CON DIOS - Una carismática interroga a la Iglesia - Inés de Tamayo
- A LA ESCUCHA DE DIOS  
Roberto Mercier
- DISPONIBLES PARA EL AMOR  
Juan Esquerda
- ORACION QUE SANA  
Bárbara Leahy S.
- EL ESPIRITU DE SANTA TERESITA  
Gustavo Vallejo T.
- LA GUERRA DE DIOS  
Lino Sevillano
- EL CAMINO DEL ESPIRITU  
Carlos González
- ORACION CARISMATICA  
Carlos Aldunate - R. Valenzuela
- LA EXPERIENCIA CARISMATICA  
Carlos Aldunate - R. Valenzuela
- UN CARISMATICO DE NUESTRO TIEMPO - P. Santiago Alberione - Benito D. Spoletini
- MI CRISTO DE CADA DIA  
Virgilio Ciaccio

A la  
Fraternidad de los  
apasionados.  
Hospitalidad: Now -

# **LA PALABRA CAMBIO MI VIDA**

MANUEL DIAZ ALVAREZ

EDICIONES PAULINAS



## **Introducción**

*Desde hace aproximadamente quince años los católicos se han interesado vivamente por el estudio y la meditación de la Palabra de Dios. De un desconocimiento casi absoluto de la misma se ha pasado a una plena familiaridad.*

*En mi experiencia pastoral he descubierto que aún las personas más sencillas, cuando entran en contacto con Cristo a través de su Palabra, afianzan su fe, la solidifican y la hacen vida. La gracia del Señor llega a sus almas por el simple hecho de ponerse en contacto con su "mensaje".*

*Sin embargo, no pocos fieles se quejan de la falta de comentarios sencillos y prácticos sobre los principales temas del Evangelio. Con el mejor deseo de ayudar a algunos de ellos en este magnífico deseo de conocer la Palabra de Dios, he reunido estos comentarios hechos al Evangelio de San Mateo en reuniones bíblicas y grupos de oración.*

*El lector podrá encontrar en un texto apropiado, todo el pasaje que se comenta y que aquí tan sólo reproducimos en sus versículos esenciales. Al final de cada comentario agregamos un sencillo "examen de conciencia" para que cada uno de los asistentes se lo haga a sí mismo o en grupo, si la confianza es mucha.*

*Nos parece también conveniente que los que mediten estos pasajes del Evangelio lo hagan iniciando la reunión con una oración espontánea y algún canto, y la concluyan de igual modo. No es difícil llegar a la oración comunitaria cuando hay compenetración con la Palabra y con los hermanos. Y tampoco es imposible adquirir un libro de cantos apropiado como complemento.*

*Un teólogo latinoamericano decía: "Leer y meditar la Palabra de Dios con asiduidad es como recibir un sacramento conscientemente, de cuya eficacia serán pregoneros los que observen el gradual cambio de conducta del cristiano puesto en contacto vivo con la Palabra".*

## **Algo sobre el Evangelio de San Mateo**

Hemos querido meditar este evangelio por que sigue un orden lógico en la descripción de los hechos, y porque San Mateo es uno de los apóstoles que más fe tiene en Cristo como enviado del Padre.

Mateo en hebreo significa “don de Dios”. Parece ser que estaba emparentado con la Madre de Jesús, María, pues es casi seguro que lo unían lazos de sangre a Santiago el Menor (Mcg. 3,18) y es sabido que la madre de éste era prima de la Virgen. Este detalle es importante porque nos hace suponer que Mateo conoció a Jesús desde pequeño y muy posiblemente alternó con El.

Mateo tenía un puesto en la Hacienda pública, estando a las órdenes, por consiguiente, de Herodes Antipas. Este oficio exigía algunos requisitos imprescindibles, tales como saber hablar y escribir en hebreo y arameo. Por eso sus relatos son realmente originales. Era un escritor pulido, acostumbrado a los números y los datos.

Todos los escrituristas están de acuerdo en admitir que el Evangelio de Mateo fue escrito entre los años 70 y 80 de nuestra era. Como fue escrito en un medio donde los cristianos eran minoría (muy posiblemente en Antioquía) se empeña en invitar a los paganos a la salvación (20, 1-16; 21, 18; 21, 43).

Mateo quiere narrar, de una manera perfectamente estructurada, la vida y muerte de Jesús. Le interesa insistir sobre todo en:

- la investidura mesianica de Jesús;
- la venida del “Reino de los cielos”;
- los milagros como atracción de las multitudes;
- los doce Apóstoles, escogidos libremente por Jesús para continuar en el tiempo su obra;
- preparar a sus discípulos para que sean fieles seguidores suyos;

— probar la Resurrección y el papel que la Iglesia ha de desempeñar tras la muerte y subida al cielo de Jesús.

Mateo ha comprendido perfectamente que Jesús no es sólo un “personaje” para la historia, sino también para la fe. No escribe su evangelio como podría escribirse cualquier libro histórico. A él le interesa, sobre todo, señalar el contenido moral y religioso de la Persona y la Obra de Jesús. Por eso descuida los detalles, las fechas y los nombres de las personas... No debe extrañarnos, por lo tanto, leer con frecuencia “en aquel día”, “en aquel tiempo...” No le importa tanto aclarar *cuándo* sucedieron los hechos, cuanto el hecho de que hayan sucedido.

Para Mateo lo más importante, al escribir el Evangelio, es demostrar que *Dios-Hombre* nos habla del Padre y de su plan de salvación para el mismo hombre.

### Triple tema

¿Qué temas quiere tratar y desarrollar Mateo en su evangelio? Los estudiosos hablan de tres:

1. Mateo concibe a Jesús como “Enmanuel” (Dios con nosotros). El nombre mismo de Jesús es sagrado y su labor de “consagración y salvación” del género humano la llevará a cabo a través de la Iglesia, pero asistiéndola El: “Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos” (28, 20).

2. Insiste en demostrar que las profecías del Antiguo Testamento se cumplen en Cristo, pero no como esperaban los judíos (con aplicaciones naturales únicamente), sino con una trascendencia religiosa.

3. Todo lo que hizo y dijo Jesús son caminos para establecer el “Reino de los cielos”, que es la Iglesia.

Ahora comprenderemos porque El evangelio de Mateo consta de cinco partes claramente diferenciadas. La *primera* (3, 17-29) de ella alude a los *fundamentos* del Reino (misión del Bautista, bautismo de Jesús, ayuno y tentacio-

nes, discípulos, sermón de la montaña). La *segunda* (8, 1-11, 1) nos revela la realización del Reino, que da origen al carácter misionero de la Iglesia. Jesús predica incansablemente y pide a sus discípulos que continúen su obra apostólica. La *tercera* (11, 2-13, 58), habla del Reino en su dimensión mística. Es dirigido, en definitiva, por Dios. Se plantea el problema del mesianismo de Jesús y se nos dice que sólo los “pobres” lo comprenderán. Los “perversos” (los fariseos...) sólo tendrán como signo de su mesianidad su muerte y Resurrección. La *cuarta* (13, 54-19, 1) insiste en que el Reino se realizará en la historia y dentro de la comunidad cristiana. Es el evangelista que más recalca la primacía de Pedro (anda sobre el agua, hace su profesión de fe, realiza un milagro..). La *quinta* (19, 2-26, 2) aclara cómo se destruyó el templo (el mundo del A.T.) para dar paso a la era de la Iglesia. Esto queda perfectamente resaltado en tres hechos: el matrimonio volverá a su primer estado, los paganos podrán entrar en la comunidad cristiana por el bautismo, la jerarquía quedará formada por el Colegio de los Doce.

También destaca Mateo el hecho de la Resurrección, que es el principio de la redención humana y de la resurrección de todos los justos.

Mateo coincide con los otros evangelistas en señalar que:

- Cristo vino a destruir el pecado y a ser guía y camino para las ovejas perdidas (1, 21; 4, 14);
- la Pasión y la Resurrección son los medios a través de los cuales Cristo realiza la redención del género humano. El “*da su vida como rescate*” (20,28) y derrama su sangre para la redención de los hombres y la remisión de los pecados (26, 28).
- es rechazada por Israel y como consecuencia Dios repudia al pueblo infiel.

Lo más característico y trascendental de Mateo es, con todo, el haber depositado su fe en la Iglesia como continuadora de la obra de Jesús, presidida por sus pastores y formada por la congregación de todos los fieles. Por eso

respeto a los discípulos, los trata con finura y les dice: “*a vosotros os ha concedido Dios conocer el Misterio del Reino de los Cielos*” (13, 11).

En las páginas siguientes, trataremos de glosar con sencillez las principales ideas del Evangelio de San Mateo. En ellas encontrará el cristiano más sencillos motivos para meditar sobre la Vida de Jesús, su Maestro, y sobre su mensaje de salvación.

Pensamos que estas lecciones breves y prácticas pueden ser de suma utilidad para pequeños grupos de oración, para rezar y orar en familia, para leer con provecho el evangelio. Por eso añadimos algunas preguntas que pudieran servir para un sincero examen de conciencia y para ayudar a superar, gradualmente, las deficiencias más notables.

# **Evangelio y vida cristiana**

*La lectura de la Palabra de Dios  
es el mejor y más completo  
alimento para el espíritu de un  
cristiano. Meditarla, entenderla y  
aplicarla a la vida es deber de todo  
bautizado consciente.*



# 1. Genealogía de Jesús

*“Antepasados de Jesucristo,  
Hijo de David, hijo de  
Abraham. Abraham fue padre  
de Isaac y este de Jacob. Jacob  
fue padre de Judá y de sus  
hermanos.... Jacob fue padre  
de José, esposo de María, y  
de esta nació Jesús, llamado  
también Cristo”  
(Mt 11, 18)*

La lectura del A.T. no nos lleva a la convicción de que no es más que un período de preparación para la venida del Salvador. Cristo es anunciado por los profetas y había de nacer como hombre de la raza de Abraham, antepasado de los judíos, y como descendiente de David.

La lista de 42 nombres que cita Mateo no sigue con rigor cronológico los antepasados de Jesús. Es más, hay que decir que el evangelista omite incluso algunos nombres menos importantes para poder ordenarlos en tres series de catorce, cifra que hacía referencia directa a David.

Lo más importante del relato es asegurar la encarnación del Hijo de Dios, exaltar el hecho de que se hizo hombre para redimir al género humano de sus pecados. Jesús venía a satisfacer la esperanza que el pueblo judío, infiel al plan de salvación y colonizado por Roma, tenía puesta en un Mesías Redentor.

Pero, como dice San Juan, *“vino a los suyos y los suyos no lo reconocieron”* (Jn 1,11). Cristo se presenta, desde el primer momento, como desconcertante. Los judíos aceptan a Dios como Ser Supremo que ordena el mundo, pero no aceptan la persona de Cristo. Un Dios hecho hombre in-

defenso no cabe en la cabeza de quienes están acostumbrados a medirlo todo con sus alcances científicos, sus elucubraciones filosóficas y sus sentidos corporales. Y, sobre todo, no ven en Cristo al Mesías esperado porque se presenta de muy distinto modo a como ellos le esperaban, triunfante y judío ante todo.

Jesús, hombre y Dios, es un misterio que trasciende la inteligencia humana y que tan sólo se comprende en toda su dimensión a través de la fe.

Desde su mismo nacimiento fue signo de contradicción. Nos lo dice el anciano Simeón: *“He aquí que este niño está destinado para ser caída y resurgimiento de muchos en Israel; será signo de contradicción”* (Lc 2,34). De este modo entendemos aquellas palabras de San Pablo a los corintios: *“Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles”* (1 Cor 1, 23).

La misma manera como se presenta Jesús mueve al desconcierto, sobre todo a quienes están acostumbrados a conjugar su vida religiosa con sus caprichos personales, acomodando aquella a estas. *“Si alguien viene a Mí, dice Jesús, y no deja a su Padre y a su Madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, y aún su propia vida, no puede ser discípulo mío”* (Lc 14,26). Y más duras nos parecen sus palabras cuando dice: *“No penséis que he venido a traer la paz sobre la tierra; no vine a traer la paz, sino la espada. Porque vine a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre, a la nuera de su suegra. Enemigos del hombre, los de su casa”* (Mt 10, 34).

El motivo por el que muchos rechazan el cristianismo es el mismo Cristo. El no ofrece a nadie principalmente un programa de vida y unas leyes para el recto funcionamiento de la sociedad. El *se ofrece* a sí mismo como medio y como fin. El aparece como el Camino, la Verdad y la Vida....

La Encarnación de Cristo, su Persona, es lo que confunde hoy y lo que ha confundido siempre. Aceptar a Cristo

como Salvador, prolongado en su Iglesia, es lo que desanima a muchos. A otros, en cambio, les induce a la entrega total. Carlos de Foucauld decía: “Yo quiero estar contigo. Vivir solamente contigo. Quiero imitarte, identificarme contigo”.

El propósito de Mateo al describir la genealogía de Jesús es probar que es descendiente de David; que en El se han cumplido las promesas de un rey mesiánico; que es “*semilla de Abrahám*” que trae las bendiciones de Dios a todos los pueblos (Génesis 12, 3).

Pero Mateo no puede convencer a sus lectores de que Jesús, hecho hombre, es el Hijo de Dios. Presentado el personaje no queda otra alternativa que, libre y responsablemente, aceptarle o rechazarle. De hecho, la mayoría del pueblo judío se escandalizó de la pretensión divina de Jesús, “el hijo del carpintero”, y muy pocos le recibieron como Hijo de Dios y como Salvador.

Algunos, como María Magdalena, llegaron a creer en El porque tenían mucho amor y Jesús los amó hasta perdonarles todos sus pecados. La entrega a Jesús fue incondicional y en virtud del amor, porque comprendieron de inmediato su papel, su “misión” de amor. Otros, como Judas, le rechazaron porque su Persona, su obra, no coincidía con sus puntos de vista. Por eso es necesario saber que:

- Jesús no es sólo hombre, es también Dios. Este hecho trasciende la inteligencia humana y exige un acto de fe personal;
- Jesús no será comprendido racionalmente, al menos en toda su integridad. Para llegar a El es necesario usar de algunos medios especiales: oración, amor al prójimo, vinculación a la comunidad...
- Jesús interpela al hombre, pero nunca le obliga a seguirle y aceptarle. El paso debe darlo uno por propia decisión;
- Jesús es razonable, pero no puramente “racional”. Se presenta como hombre en todo igual a los demás hombres, menos en el pecado. Pero, a la vez, se ofre-

- ce y obra como Dios, desconcertando a sus oyentes y espectadores. Por eso hemos dicho que sólomente es comprensible a la luz de la fe. Esta fe debe entenderse como una aceptación libre y voluntaria de su Persona y su Obra, que han de inspirar nuestra vida y nuestro pensamiento;
- Ser cristiano, o discípulo fiel de Cristo, significa creer ante todo en El. Es decir, aceptarle por lo que ya nos ha mostrado (su obra, sus frutos....) y por la seguridad de lo que nos mostrará. No es, por lo tanto, una fe basada en lo que me enseñan, en lo que veo en los otros, sino una fe basada en Cristo como inspirador y autor de toda obra buena en sus discípulos, en su Iglesia, en mí mismo.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Creo en Jesús de Nazareth como Hijo de Dios?
- ¿Estoy plenamente convencido de que el Hijo de Dios hecho hombre puede cambiar mi vida?
- ¿Se distinguir la Persona y la Obra de Cristo de la persona y obra de sus seguidores?
- ¿Siento a Cristo como algo personal, como a alguien concreto que actúa en mi vida?

## 2. Madre y Virgen

*“La concepción de Cristo fue de esta manera: su madre, María, estaba comprometida con José. No habían tenido relaciones y se encontró embarazada, por obra del Espíritu Santo” (Mt 1, 18).*

Según la narración José y María habían decidido contraer matrimonio. De hecho estaban ya “comprometidos” públicamente, lo que les daba derecho al uso de la vida conyugal. Pero María aún era Virgen y la prueba es que José quería abandonarla cuando cayó en la cuenta de que estaba encinta sin que él la hubiese hecho suya.

Es importante este hecho porque nos dice en primer término, que José era un hombre justo que cumplía con la ley. La ley obligaba a denunciar a la esposa adúltera. Pero José estaba por encima de la letra de la ley. Su amor al prójimo, de respeto por María lo llevan a tomar la determinación de repudiarla en secreto. El simplemente no entiende cómo María ha podido llegar a esa situación. Sabía que era también justa.

La lección fundamental de este relato, sin embargo, es que Cristo no nació de la unión física de hombre y mujer, sino que es fruto de la acción de Dios en María. *“Para Dios nada hay imposible”* (Lc 1, 37). Dios puede obrar al margen del común obrar y pensar humano, no para destruir al hombre, sino para perfeccionarlo y sublimarlo. Si no admitimos esta “ingerencia” de Dios en las leyes humanas jamás comprenderemos la misión de Cristo ni los misterios del Reino implantado por El.

La encarnación de Jesús nos aclara otros dos misterios importantes para la fe cristiana:

- el fruto que nace de María es el propio Hijo de Dios;
- María fue, ante todo, escogida por Dios y fiel a la Voluntad en todo momento.

Dejando a un lado algunas cuestiones sobre cómo ha de entenderse la virginidad de María, haremos hincapié en la importancia de su persona como modelo para los cristianos. Según los escrituristas María está preanunciada también, y repetidamente, en el A.T. Isaías en muchos de sus capítulos habla de una vírgen que dará a luz al Salvador esperado por las naciones. Se ha dicho que María es la mujer que, al contrario de Eva, trae la salvación al mundo.

Pero lo que más nos conviene saber de ella es que es el “tipo ideal del Evangelio”. En ella pudo llevarse a cabo todo el plan de Dios porque siempre fue dócil a la gracia, de manera que el Señor pudo realizar en su persona maravillas.

María, cuando cae en la cuenta de que es el mismo Dios quien desea obrar en ella, se pone de inmediato como instrumento. Ella dijo simplemente: “Yo soy la esclava del Señor; que haga en mí lo que has dicho”(Lc 1, 38).

¿Por qué el Señor la escogió a ella entre todas las mujeres? Nos gusta la explicación ingenua, pero real, de un escritor moderno. María había prometido voto de castidad, pero como en Israel toda mujer tenía que pertenecer a un hombre, ella encontró en José a quien respetaría su persona y haría cargo de ella.

María, como toda buena judía, sabía perfectamente que el Mesías iba a nacer de una israelita. Pero ella se consideraba indigna de tal favor y por eso renunció a la posibilidad de serlo. Dios se fijó precisamente en esta humildad, en aquella actitud de no considerarse digna y la eligió entre todas. A Dios le estorba el orgullo, el engrimiento, la super-valoración, ya que muchas veces no desempeñan otra labor que obstaculizar su obra en el mundo y en los individuos.

María fue la primera que creyó en Cristo como Mesías e Hijo de Dios. Le aceptó como tal y por eso tenía la firme

convicción de que podía obrar como Dios. Sabía también que debía retirarse a veces para que Jesús intimase a su modo con el Padre. Ella era consciente de que no hacía otra cosa que ser instrumento.

Lo virtuoso de María y de José es que, aún sin comprender qué es lo que Dios quiere hacer de sus vidas, cambian su destino y lo acomodan a los planes de Dios. Su fe es sincera y consecuente.

Por eso, la Iglesia ha conocido a María un lugar importante en el plan de salvación trazado por el Padre desde antiguo y realizado en su plenitud en Cristo. Ella fue el instrumento usado por Dios para dar figura humana a Cristo. Ella aceptó su misión humildemente y se preparó a conciencia para cumplirla. Ella creyó en Cristo como el enviado del Padre y se sometió a sus mandatos.

Alguien ha dicho: “En María el Salvador reconstruye a la mujer, es retomado el designio que Dios tuvo en su principio, en la ley primera que se violó dando apertura a todas las deformaciones y a todos los dolores que pesan sobre la familia humana. María es la mujer que fue preservada por puro amor de Dios, para que pudiera ser el fundamento de la reconstrucción. El principio del ser es siempre Dios. El que lo engendra todo es siempre el Espíritu infinito de Dios. . En María las líneas estructurales de la mujer se rehacen en perfecta armonía”.

Un creyente debe admitir que el que salva es Cristo y el centro de nuestra fe también debe ser Cristo. Pero no puede menos de profesar un entrañable amor a María porque ella es:

- modelo de creyentes;
- la primera cristiana;
- elegida por Dios entre todas las mujeres;
- fiel al plan divino, al cual sacrifica todos sus planes propios.

La devoción a María debe ser para todo cristiano un modo de acercarse más a Cristo y un ejemplo a imitar ya que, siendo un ser humano como cualquiera de nosotros, llegó, mediante la fe en Dios y el dominio de sí misma, a las cimas de la perfección.

Es verdad que a veces los cristianos menos evangelizados y más ignorantes depositan toda su fe en una advocación determinada de la Virgen María. Es verdad también que para otros muchos Cristo queda opacado por una devoción casi fanática a la Virgen. Pero, superadas estas deficiencias e incorrecciones, todo cristiano debe llegar a una aceptación de María como Madre de la Iglesia y como modelo de fe.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- María, como elegida de Dios para ser Madre de su Hijo, ¿qué misión desempeña en la Iglesia?
- Tu devoción a María, ¿te conduce a Cristo?
- María, ¿es un modelo acabado de mujer?
- Para un creyente, ¿qué debe significar la virginidad de María?

### **3. Tres hombres diferentes pero con una misma fe**

*“Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, durante el reinado de Herodes, vinieron unos magos de Oriente a Jerusalén, preguntando: “¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?, porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo” (Mt 2, 13).*

Mateo al narrar con cierto detalle la adoración de los magos no pretende otra cosa que hacer ver a los judíos cómo el Mesías, que ellos rechazan, es aceptado por los paganos y los extranjeros. El evangelista, conocedor del A.T., ha echado mano de las profecías para reconstruir el episodio de los magos. *“Te inundarán muchedumbres de camellos... Llegarán de Saba en tropel, trayendo oro e incienso”* (Is 60,6) y también en el Libro de los Salmos se dice: *“Los reyes de Seba y Sabá le pagarán tributo.... Postraránse ante él todos los reyes de la tierra y le servirán todos los pueblos”* (Sal 71).

Mateo se fija en cómo los paganos llegaron a creer en Cristo a través de sus conocimientos naturales, mientras que Herodes y los jefes religiosos de Israel lo ignoraron, a pesar de conocer detalladamente las Escrituras que lo anunciaban.

El pueblo judío esperaba un Mesías triunfante, un líder político y social que los iba a liberar del imperialismo romano. No aceptaban un Cristo pobre y sin medios humanos, que además preguntaba su “misión universal”.

Los magos no eran reyes. Eran sabios, cuya ocupación de astrónomos era muy acreditada entonces. Lo importante del relato, sin embargo, no es el oficio de los magos, sino su procedencia y su color. Venían de lugares distintos a Israel. Ellos representaban a todos los pueblos, razas y colores. Al aceptarlos Cristo a sus pies en actitud de adoración expresa su deseo de llegar a todas las naciones y a todos los hombres, ya que no ignoraba que su misión consistía en abrir para todos los pueblos los caminos de la salvación.

Es curioso ver cómo el evangelio no dice que fueron tres ni cita sus nombres. No es eso lo importante para Mateo. El quiere hacer ver cómo en Cristo se cumplen todas las profecías del Antiguo Testamento y cómo El, a pesar de haber nacido tan desvalido, es el Redentor del mundo.

De este episodio de los reyes magos nosotros debemos sacar algunas conclusiones prácticas para nuestra vida cristiana. Examinemos nuestra fe. A muchos les resulta difícil, como a los judíos, creer en un Cristo que desde el primer momento se ve envuelto en la necesidad y la pobreza. Nosotros estamos acostumbrados a ver a la gente importante rodeada de medios poderosos para darse a conocer, para persuadir y convencer a las masas. Los líderes políticos arrastran a las multitudes con promesas de un mayor bienestar. Los artistas se sirven de los medios publicitarios para darse a conocer. Los hombres no se sienten seguros del triunfo si no cuentan con poderosos apoyos monetarios, culturales y de personas.

Pues bien, Cristo desafía con su rechazo del poder (económico, político y social), a quienes confían demasiado en sus propias fuerzas y en los medios humanos que les rodean. Al presentarse a los magos tan desvalido e indefenso como cualquier recién nacido pobre, quiere convencer a sus discípulos de que El posee otros medios más poderosos que los simplemente medibles y catalogables para llegar al hombre y al mundo, y transformarlos. Su mensaje y su doctrina no son programas políticos o estrategias doctrinales, sino semillas que crecen en el interior del corazón humano. El no mueve a las masas por dinero, por interés o por

política. Su táctica es el amor. Quien le siga a El debe hacerlo porque se siente con fuerzas para amar, aún a los enemigos, y no tan sólo porque cuente con poderosas ayudas materiales o visibles.

El episodio de los reyes magos nos dice a los creyentes que:

- Cristo vino para todas las naciones y para todas las razas. Su doctrina no debe ser conocida y practicada por determinados grupos y continentes, sino por todos los hombres de buena voluntad;
- la estrategia de Cristo (y, consiguientemente, de los cristianos) no descansa en los valores apreciados por los hombres (dinero, poder, autoridad), sino en la aceptación libre de la Cruz, del fracaso y del desprecio, como medio para llegar al amor.

Un cristiano debe saber que la fuerza que da contenido a su fe es la caridad, es decir, el amor. Y ha de ser consciente de que Dios se revela al hombre aprovechando sus medios personales. Es decir, lo mismo que a los magos se les reveló a través de la astrología (su dedicación constante), a cada uno de nosotros se nos revelará a través de nuestro trabajo, nuestra familia, las ocupaciones de cada día. Lo importante es buscarle a través de esos medios.

## PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Tengo de Dios una idea tan personal que no la relaciono con la comunidad?
- ¿Soy de los que piensan que Dios tiene acepción de personas?
- ¿Qué hago para descubrir a Dios en cada uno de los sucesos de mi vida?
- ¿Acepto, como los magos, un Cristo pobre y humilde?

## 4. El camino del exilio

*“Así que partieron (los magos) un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes ha de buscar al niño, para quitarle la vida. José se levantó, tomó de noche al niño y a la madre y partió” (Mt 2, 13).*

Mateo recalca el hecho de que Cristo, a semejanza de sus antepasados y del pueblo judío, ha de padecer el destierro y la angustia durante toda su vida. Por eso cita dos pasajes del A.T., el de Oseas que ve en el éxodo de Egipto un camino de liberación, y el de Jeremías que expresa la predilección de Dios por su pueblo, Israel.

Mateo quiere decir que Jesús, al sufrir el exilio, se revela como Redentor, Hijo de Dios y Mesías, cumpliendo todo lo anunciado desde antiguo por boca de los profetas.

José y María, conscientes de los caminos misteriosos de Dios, no inquietan el motivo por el que deben huir, ni siquiera piden ser protegidos. Ellos aceptan, sin más, la orden de Dios y se ponen en camino, dispuestos a afrontar los peligros y los rigores psicológicos de vivir en medio de extraños.

En Egipto, sintiéndose extranjeros y siendo considerados como tales, tuvieron que comenzar de nuevo: alquilar una humilde habitación, montar el taller, hacer amigos y ganarse el pan de cada día.

La huida no tenía como justificante proteger tan sólo la vida física de Jesús. El, Cristo, era el nuevo Israel y había de padecer el exilio y así asemejarse en todo al pueblo elegido, asumiendo sus alegrías y sus penalidades. Las órdenes de Herodes tan sólo dan cumplimiento, inconscientemente, al plan de Dios. Era necesario que Cristo sufriese en carne propia los dolores y angustias de su pueblo, para asimilar su personalidad y ofrecérsele como Mesías.

Si la vida de Cristo estuvo marcada, desde su nacimiento hasta su muerte, por la persecución y el sufrimiento, el cristiano no puede pretender que su fe le proporcione únicamente satisfacciones. Seguir a Cristo, en un mundo tan contrario a los valores del Evangelio, no es fácil. Hay que sobreponerse a las propias inclinaciones, luchar contra las tendencias comunes.

Pero es precisamente en los momentos de duda, de angustia y de persecución, donde más se manifiesta la fe madura. No es que a Dios le guste mortificar a sus fieles, no. Simplemente los deja obrar y pensar con libertad en un universo conflictivo. Son ellos los que ante los sucesos de cada día (tristes o alegres, favorables o mortificantes) deben hacer uso de todos sus arrestos espirituales.

Es innegable que todos los seres humanos padecen, física o psicológicamente. Nadie está libre del dolor, el contratiempo o la enfermedad. Pero el cristiano cuenta con la esperanza en el Señor, en su propia dignidad y en los hombres sus hermanos. Y su esperanza le dice que todo puede superarse. Esta esperanza halla su fundamento en Cristo, el Salvador, que siendo Dios se hizo hombre no sólo para disfrutar de las satisfacciones temporales, sino también para apurar al máximo los sinsabores de la condición humana.

Ser crucificados de alguna forma, ser el blanco de las insidias de otros e incluso llegar al ajusticiamiento, es la cruz de cada día. No todos piensan como nosotros. Hay quien nos desprecia y quien nos envidia. No debemos alterarnos porque esto suceda. Más bien deberíamos sentirnos incómodos cuando todos nos alaban y aplauden. El

mismo Jesús nos lo advierte en las bienaventuranzas. Es tristemente cierto que cuando una persona brilla por su inteligencia, su bondad o sus obras buenas, los que no tienen ninguna de esas virtudes la envidian, calumnian y hasta difaman. En ese caso hay que saber adoptar una postura de serenidad, de confianza en que la verdad resplandecerá un día. Cristo pasó por la afrenta del exilio, del rechazo, de la crucifixión, pero llegó al triunfo, al éxito porque confiaba en el Padre y estaba plenamente cierto de que El haría brillar la luz en medio de las tinieblas.

Hoy es muy propio de las sociedades mejor organizadas rehuir todo dolor y apurar al máximo el placer. Pues bien, perder de vista esta forma de purificar el espíritu es, ciertamente, una gran pobreza. La disciplina, el sufrimiento equilibrado y los contratiempos, lejos de anular a las personas, las aquilatan para una mayor eficacia humana y espiritual. Para un cristiano el sufrimiento, el sentirse extraño entre los suyos, el ser rechazado precisamente por su virtud consecuente no debe ser nunca motivo de desánimo. Al contrario, ha de saber que de alguna manera tiene que cumplirse en él lo que decía San Pablo. Todos debemos acabar en nuestro cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo. Aunque el placer se haya refinado con el transcurso de los siglos, no deja de ser cierto que la Cruz es el camino hacia la Resurrección. Fue el de Cristo y ha de ser el de todos sus discípulos.

## PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Descubro a Dios en los momentos conflictivos de mi vida?
- El dolor, la enfermedad, la persecución, ¿sirven para alentar mi esperanza o para hacer temblar mi fe?
- ¿Hacemos todo lo posible para que se cumplan en nuestro cuerpo los padecimientos de Cristo?
- ¿Soy un verdadero esclavo del placer, en todas sus dimensiones?

## 5. Un hombre con arrojo

*“En ese tiempo se presentó Juan Bautista en el desierto de Judea, predicando de esta forma: “Cambien su vida y su corazón, porque está cerca el Reino de los Cielos”. De él hablaba el profeta Isaías al decir: “Una voz grita en el desierto: preparen el camino del Señor. Alláven sus senderos” (Mt 3, 1-4).*

Juan Bautista era hijo de Isabel, prima de María, la madre de Jesús. Según el mismo evangelio (Lc 1, 41) Juan aceptó a Cristo aún antes de nacer, ya que cuando María visitó a Isabel para asistirle en los últimos meses de su embarazo, saltó el niño en el seno materno de alborozo.

Juan fue, con María y José, de los primeros que depositaron toda su confianza en Cristo. Sin envidia alguna, consciente de su misión de Precursor, presentó a Jesús ante el pueblo judío como Salvador. El insistía en preparar los corazones de los habitantes de Israel para recibir al Mesías, exhortándolos a la práctica de la justicia y al arrepentimiento de sus pecados.

Juan quiere hacer comprender al pueblo israelita que la venida de Cristo cambiará el rumbo de su historia religiosa. Por eso bautiza con agua, tratando de lograr el arrepentimiento y la conversión del pueblo y así prepararlo para recibir posteriormente el bautismo *“en fuego y en el Espíritu Santo”*.

Juan vestía como un profeta pobre y comía lo que cualquier beduino del desierto. De esa manera su figura contrastaba con la de los dirigentes políticos de su país y con

la de los jefes de las sinagogas. Su riqueza no se cifraba en las vestiduras o en los medios con que se presentaba, sino en su interior. Creía que Jesús era el Mesías y en su nombre predicaba fogosamente la conversión, sin temor al martirio.

El critica los sacrificios realizados en el templo sin verdadera fe, e insiste en predicar que lo más importante es la conversión del corazón, el cambio de vida.

Juan debe ser tenido por el cristiano como un verdadero modelo de fe. Pudo aprovechar la oportunidad e inclinar las masas hacia su persona, pero siempre dejó bien en claro que Cristo era el que debía crecer y él disminuir. Amó a Cristo y por eso le llamó “*cordero de Dios*” y “*esposo*”. Fue tanta su humildad ante la persona de Jesús que San Agustín, haciendo gala de su destreza literaria, dice que murió decapitado para demostrar aún físicamente que él era inferior a Cristo.

Lo que conmovía a las multitudes que le escuchaban era su testimonio de hombre entregado a una causa, a una misión. Se sentía libre al anunciar la presencia del Señor y no temía ser perseguido por ello. No satisfizo a Herodes en sus caprichos y reprobó públicamente su vida amoral.

Juan Bautista es para todos los bautizados:

- *un modelo de fe en Cristo*. No pesaba en él el miedo a la ley o el interés personal. Cristo, su Persona, su Obra y su Vida, le persuadieron de que sería realmente útil poniéndose a su disposición;
- *un ejemplo de coraje*. No se amilanó ante la persecución. Era fiel a la verdad y no se dejaba comprar por la adulación, el dinero o el poder;
- *un ejemplo de humildad*. Jamás se atribuyó dones que no poseía. Su persona no pretendía otra cosa que reflejar la de Cristo;
- *un testimonio palpable de fidelidad a la propia vocación*. Sabía que su papel era hacer de Precursor y

todo lo que hizo fue prepararse dignamente para desempeñarlo;

- *un llamado a nacer de nuevo*, dejando a un lado los egoísmos, los vicios y la tibieza. La conversión es el camino único para llegar a ser el *hombre nuevo* que Cristo pregona;
- *un ejemplo de fidelidad a la misión* que le ha sido encomendada. No cambia de planes según su conveniencia. Adapta su vida a las exigencias de la vocación a la que ha sido llamado;
- *un ejemplo de perseverancia*, ya que aún sabiendo el fin que le aguardase, no por eso dejó de predicar las exigencias del Reino;
- *un ejemplo de austeridad*. Renuncia a todo manjar suculento, a toda vanidad exterior, para que mejor resplandeciese en él el poder de Dios, que puede obrar maravillas sirviéndose de instrumentos aparentemente “inútiles”.

Todos los cristianos tendríamos que decir frecuentemente y con una gran sinceridad: conviene que Cristo crezca y sea conocido y yo disminuya a su servicio. Es decir, es necesario que a través de mis actos, mis ideas, mi forma de pensar y obrar, Cristo sea conocido por todos los que me rodean y percibido por cuantos viven alejados de su evangelio.

## PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Somos conscientes de que el Reino de los Cielos está entre nosotros?
- ¿Nos mantenemos en actitud de conversión continua?
- A imitación de Juan Bautista, ¿preparamos los caminos al Señor, para que Cristo sea todo en todos?
- ¿Estoy dispuesto a dar la vida por seguir a Cristo o me resulta incomprensible su evangelio precisamente por el cúmulo de sacrificios y riesgos que entraña?

## 6. El Bautismo de Jesús

*“Por este tiempo vino Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él. Pero Juan se resistía y le decía: “Soy yo quien debe ser bautizado por tí y, ¿eres tú quien viene a mí? Por ahora hazlo, le respondió Jesús, pues conviene que cumplamos de esta manera la voluntad de Dios. Entonces Juan condescendió” (Mt 3, 13-16).*

Jesús no necesitaba ser bautizado porque no tenía falta alguna y era ya Hijo de Dios. Sin embargo, se sometió al rito para cumplir la voluntad de Dios expresada a todo lo largo del A.T.: la realización de la justicia y la “admisión” del pecado humano. Dios aprueba este acto de Jesús manifestándose y revelándose sobre El, realizando así la unción mesiánica de Jesús.

Jesús quería mezclarse con los pecadores que buscaban el perdón, dándoles así a entender con toda claridad que el camino recto era “buscar la justicia y cambiar la propia vida”.

En el momento del bautismo Dios presenta a su Hijo al mundo como Salvador. Allí mismo, al Jordán, acudían multitudes a confesar sus pecados y a ser bautizados por Juan. El Señor para demostrar que acepta la penitencia y la conversión de las gentes les envía a su propio Hijo.

El bautismo de Jesús tiene una gran importancia, ya que inicia su vida pública. Por eso lo relatan detalladamente tres evangelistas.

El hecho de que el Señor se “pose” sobre Jesús en forma de paloma y hable diciendo que es su “Hijo amado” repre-

sa su deseo de revelar progresivamente a los hombres su plan de salvación. “Revelación orientada toda a Cristo, el Señor, que la realiza en su Persona misma, en sus hechos, milagros de curaciones y en su Palabra que nos ha conservado la Escritura, entendida, profundizada y fielmente conservada en la tradición de la Iglesia”.

Al ser bautizado Cristo es ungido, como ya lo hemos notado, para el ministerio y la evangelización de los pobres. Con el bautismo de Jesús Dios se revela plenamente a los hombres, ya que Jesús es la Palabra hecha carne, la máxima manifestación de Dios. Ya no les hablará por medio de profetas o de signos, sino a través de su propio Hijo. Jesús será el único camino para llegar al Padre, ya que El y el Padre son una misma cosa.

El bautismo de Jesús debe hacernos reflexionar sobre nuestro propio bautismo. ¿Somos consecuentes con las promesas que un día hicimos? Al bautizarnos recibimos el don de ser hijos de Dios y coherederos con Cristo de su Reino. Pero depende de cada uno de nosotros lograr que esa promesa se convierta en realidad.

Nuestro bautismo nos exige:

- convertirnos al Señor dejando a un lado el pecado;
- aceptar a Cristo como Señor y dueño de nuestras vidas;
- creer en Jesús como centro de nuestra vida de fe;
- renunciar al mal, mediante la práctica de la justicia;
- conocer la Palabra de Dios, revelada a través de Jesús, vivirla y difundirla entre todos los pueblos y todas las gentes;
- sentirnos comunidad de hermanos con los demás bautizados y creyentes en Cristo;
- crecer en la fe, mediante el esfuerzo por superar toda deficiencia y la recepción de los demás sacramentos dispensados por la Iglesia para la santificación de los fieles;

- trabajar incansablemente por el Reino de Dios, a fin de que Jesús sea conocido por todos los pueblos y su evangelio el camino para todos los hombres de buena voluntad.

Desgraciadamente son muchos los cristianos que se bautizan tan sólo por cumplir con un rito y una costumbre, sin caer en la cuenta del compromiso que adquieren. El bautismo de Jesús debe ser un motivo de reflexión para todos, a fin de que el bautismo que hagamos o solicitemos sea consciente y responsable. Hay que educar en la fe a quienes se les administra el bautismo, por lo cual se pide como requisito imprescindible para dispensarlo que los padres o representantes del bautizando sean realmente cristianos y que los padrinos les ayuden en la tarea de la educación cristiana de sus hijos.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Conozco mis obligaciones de bautizado?
- ¿Es Jesús el centro de mi vida?
- ¿Renuevo cada día las promesas de mi bautismo, tratando de ser fiel en todo al plan de Dios?
- ¿Sé que al bautizarme me comprometo con la comunidad eclesial a ser miembro activo de ella y a relacionarme como verdadero hermano con todos los demás bautizados?

## 7. Seréis tentados

*“Luego fue llevado Jesús por el espíritu al desierto, para ser tentado por el demonio. Y, después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre. Acercósele el tentador para decirle: Si realmente eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan” (Mt 4, 1-12).*

El ayuno que Jesús realiza para acercarse a Dios y prepararse para su misión repite lo que hizo también Moisés en el Sinaí y Elías en Horeb. En el momento mismo en que Jesús se siente agotado físicamente surgen las tentaciones. La hartura es mala consejera, pero también el hambre propicia calamidades y determinaciones peligrosas.

Jesús es tentado con los falsos ideales mesiánicos de la época. Pero Jesús, triunfa a diferencia del pueblo escogido que cayó en la tentación. Jesús es astutamente tentado por el diablo sobre “materias” sumamente codiciadas por el común de los seres humanos.

- Es invitado a darle a lo material un valor absoluto. Convertir las piedras en pan para saciar su necesidad es tanto como decirle que se preocupe, sobre todo, de comer, olvidando otras necesidades humanas y espirituales. El Señor le responde: *“No sólo de pan vive el hombre. Dios tiene otros muchos medios para dar vida” (Mt 4, 4).*

La tentación de lo material es constante y más en estos tiempos de exacerbado consumismo. Por eso hay tantos que han sucumbido y no viven más que para ganar, aumentar sus caudales y tener una plena seguridad física. El pan

de cada día es necesario y el mismo Cristo nos enseña a pedirlo en la oración del Padrenuestro. Pero el pan no debe ser nunca la única ni la más importante tarea de nuestra vida. Comemos para vivir y vivir a plenitud; no vivimos para comer.

- El tantador invita también a Jesús a probar su autoridad, mediante el prodigio y de ese modo tentar a Dios y resaltar su propio poder. Jesús rechaza la tentación porque está seguro de su misión y no tiene necesidad de ponerla a prueba. Y porque sabe que la autoridad no es en ningún caso afán dictatorial o dominio despótico de los subalternos, sino un medio de servicio y atención a quienes están bajo sus órdenes.

El cristiano, como todo ser humano, se ve envuelto también en esta tentación que lo lleva a veces a sucumbir al autoritarismo y la demostración de la propia fuerza. Nos gusta más dominar que ser dominados, mandar que obedecer, ser servidos que servir. Pues bien, aquí tenemos un ejemplo claro de lo que debe ser todo cargo o autoridad. Cristo nunca “aplastó” a nadie ni ejerció dominio despersonalizante sobre sus discípulos. Les dio ejemplo de simplicidad y buen trato.

- También se le invita a Jesús en las tentaciones a poner a prueba su *poder* adueñándose del mundo y poniéndolo a sus pies, pero sometiéndose a la vergüenza de adorar a falsos ídolos para conseguirlo. El resalta su fe profunda en el Padre, único Dios verdadero en quien hemos de creer y quien no debe ser suplantado por nadie.

Todos los bautizados han de examinarse sinceramente para ver si realmente no “transigen” o rompen con las exigencias de su conciencia, para ganar así un poco más de dinero, tierra o dominio. Debemos trabajar por superarnos, pero jamás vender nuestra conciencia por unas “lentejas”.

Jesús sabía muy bien que los judíos esperaban un Mesías capaz de privilegiarles como pueblo y raza entre todos los demás pueblos de la tierra. Este Mesías debería comen-

zar por liberarles del yugo romano al cual estaban vergonzosamente sometidos. Por eso precisamente rehusa Jesús presentarse como vencedor, como rico y poderoso, para que nadie confundiese su procedencia y su misión. El no viene a “apabullar” a los pueblos con su poder sobrenatural, sino con el ejemplo de su vida y la eficacia de su doctrina. El sabe que el pueblo judío, como todos los pueblos, padecía necesidades materiales, pero era muy consciente también de que carecía igualmente de riquezas espirituales. Por eso dice *“no sólo de pan vive el hombre”*, aunque también tenga necesidad del pan. El se niega a reconocer simplemente que el pan de cada día sea lo más importante de la vida.

Sabía también que los hombres necesitaban de autoridad y poder para gobernar, pero no admitía que, a través de ambas prerrogativas, unos dominasen a otros.

Esta actitud de Jesús ante la triple tentación debe convencernos de que:

- sólo Dios es absoluto. Todas las demás cosas debemos usarlas como medios para llegar a El y superarnos humanamente, jamás como fines;
- no podemos convertir el dinero, el poder o la autoridad en ídolos que suplanten a Dios;
- los caminos para llegar a Dios no son principalmente los prodigiosos, sino los escogidos por Jesús: la sencillez, la sobriedad y el amor.

Por eso, al meditar sobre las tentaciones de Jesús en el desierto, debemos ser francos y reconocer que en nuestra vida hay muchos ídolos. A veces olvidamos a Dios y prescindimos del prójimo por seguir nuestros caprichos y dar gusto a nuestra vanidad y egoísmo. Debemos luchar tenazmente contra la tentación del dinero, del poder y del autoritarismo, y preocuparnos más los unos de los otros. Sólo así encontraremos a Dios en nuestra vida y Cristo habitará en nosotros.

No debemos olvidar, por último, que aún los más resistentes pueden sucumbir en el momento menos pensado y,

por lo tanto, han de vigilarse severamente. Y también debemos ser conscientes de que el autocontrol y la disciplina son absolutamente imprescindibles si queremos llegar a ser hombres íntegros y cristianos saludables.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Cuáles son las tentaciones más comunes del hombre?
- ¿Qué poderes me esclavizan a mí: el dinero, el orgullo, la autosuficiencia, la despreocupación por el prójimo?
- ¿Oro y velo para no caer en tentación?
- ¿Ayudo a los demás a superar todo género de esclavitudes?

## 8. Bienaventurados

*“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque poseerán el Reino de Dios. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de perfección”* (Mt 5, 3-12).

Mateo relaciona el “*sermón de la montaña*” con el A.T. Lo mismo que Moisés subió al Sinaí y promulgó la ley, así Jesús “sobre el monte” presenta la Nueva Ley, que es la del amor.

Las bienaventuranzas son el termómetro para medir la madurez cristiana de los discípulos de Jesús. Son un programa árduo y difícil de cumplir porque se oponen a las inclinaciones más espontáneas de la naturaleza, pero ponen al descubierto entre los bautizados cuándo predomina en sus vidas el evangelio y cuándo sus instintos.

— Bienaventurados los pobres de espíritu.

Es decir, los que saben que necesitan de Dios, considerando ellos insignificantes. Pobre de espíritu es el que no es engreído y autosuficiente. Pobres de espíritu son los que permanecen abiertos a la verdad, admitiendo sin rubor sus limitaciones humanas y dispensando a las cosas materiales una importancia secundaria en su vida, como medios y nunca como fines. Ricos de espíritu serían, por el contrario, los que creen valerse por sí mismos, los que depositan toda su fe en el dinero, en su inteligencia o en su autoridad. El que admite que necesita ayuda está en el camino de encontrarla. En cambio, el que se siente saturado, suficiente,

jamás poseerá las virtudes que hacen del hombre un ser inteligente y maduro.

— Bienaventurados los que lloran.

Es decir, los que lamentan el mal y luchan por conseguir el bien; los que sufren ante los obstáculos que se oponen a los planes de Dios sobre los hombres y sobre el mundo creado, favoreciendo, con su actitud o su pasividad, las injusticias, las divisiones, los odios y las pasiones; los que padecen el destierro, la ingratitud, el desprecio y la persecución por ser fieles a su vocación cristiana. Dichosos los que acompañan en el dolor a quienes pasan por alguna tribulación y se solidarizan con cuantos se ven oprimidos, menospreciados e injustamente agredidos. Un día triunfarán y sus tristezas se transformarán en gozo.

— Bienaventurados los mansos.

No los impasibles o sin sentimientos humanos, sino aquellos que saben esperar el momento oportuno, sin forzar los acontecimientos ni violentar a los demás. Es decir, dichosos aquellos que saben escuchar, atender y hablar con calma, sin ofender a sus interlocutores y sin levantar sentimientos de ira en su corazón. Aquellos que no se dejan dominar por la violencia, ya que confían en el mejor fruto de la paz. Ellos son conscientes, como Jesús, de que el amor (incluso a los enemigos) y la misericordia consiguen más victorias que el odio o el rencor. Estos trabajan por la justicia para que sobrevengan la paz y el amor.

— Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Es decir, los que quieren ser perfectos como su Padre de los cielos y trabajan denodadamente por conseguirlo. Para ello saben que es necesario acatar la Voluntad de Dios y ser fieles a ella en todo momento. Conscientes de sus limitaciones humanas y de su inclinación al mal, buscan por todos los medios corregirse y superarse, a fin de ser gratos a Dios y hermanos de todos los hombres. Aprecian en grado sumo los instrumentos que Dios les ofrece para santificar-

se: su Palabra, los sacramentos que dispensa en su nombre la Iglesia, la oración como medio de acercamiento a Dios, la práctica de las obras de misericordia para poner a prueba su sentido de la fraternidad. Ellos no se conforman con la rutina ni se dejan guiar por la comodidad. A diferencia de la mayoría de los seres humanos (que se buscan a sí mismos y cómo satisfacer sus caprichos) se vigilan constantemente para no caer en tentación. Saben que “ser justos” para Dios es hacer que siempre triunfe su causa (el Amor) y que se supriman todas las opresiones, liberando al hombre de toda esclavitud que lo separe de Dios, o lo haga dependiente de otros hombres sin poder de decisión personal.

#### — Bienaventurados los compasivos

· Pero no los que se lamentan de la pobreza, el dolor o la opresión de los demás, sin hacer nada para enmendar esa situación. No son estos los dichosos, sino aquellos que unen a la compasión el deseo eficaz de acabar con tales injusticias. Compadecerse del pobre o del que padece implica luchar por evitarle la pobreza y el dolor, ser su protector y abogado ante quienes le oprimen, defender sus derechos aún a costa de la propia vida, hablar por ellos cuando a ellos no se les permite abrir la boca. Compadecerse de una persona, de una situación o de un hecho, es tomar conciencia de ello y trabajar para que, en vez de mover a compasión, lleven al gozo y la acción de gracias.

#### — Bienaventurados los limpios de corazón.

Es decir, los que no tienen doblez ni obran con malicia, los que se aceptan como son y se “ofrecen” a los demás con simplicidad. Los que no se dejan llevar por simples antipatías o prejuicios sin fundamento. Los que aceptan las razones de los otros, sin anteponer, a como dé lugar, las propias. Los que saben escuchar y dialogar, los que no sospechan maldad injustificadamente. Limpios de corazón son los sinceros cuando dicen lo que su conciencia recta les dicta y los que saben proclamar la verdad sin humillar a nadie. Limpio de corazón es, en suma, el que busca desapasionadamente la verdad y no juzga sin piedad.

— Bienaventurados los que trabajan por la paz.

La paz es la suma de las bendiciones de Dios. Pero no es posible obtenerla sin que medien la justicia y el amor. El que trabaja por la paz es el profeta que defiende los derechos humanos y la dignidad de toda persona ante Dios. Cristo es el príncipe y el modelo de los pacíficos, ya que vino a establecer su reino de amor entre todos los hombres. Luchar por la paz es asociarse al Hijo de Dios y, por lo tanto, hacerse herederos de su fortuna; llegar a ser también hijos adoptivos de Dios. Trabajar por la paz no nos exime siempre de la firmeza. Cristo mismo fue duro con quienes obstaculizaban este reinado de la paz, pero su “ira” fue una estrategia que daba paso a la serenidad.

— Bienaventurados los que padecen persecución por razón del bien y la virtud.

El malvado que vive en las tinieblas se ofende al ver la luz, y la rehuye. El justo suscita la ira del infiel porque su ejemplo le da en el rostro. El buen discípulo de Cristo debe estar dispuesto a la persecución, e incluso al martirio por defender su fe y exigir el respeto debido a la honestidad. No es fácil ser correcto en un mundo donde es tolerada la corrupción, ni ser fieles a la verdad en medio de quienes viven a costa de la mentira y el engaño. Pero es lo que agrada al Señor y lo que al fin de cuentas triunfa. Porque la verdad, tarde o temprano, sale a relucir.

Las bienaventuranzas son las que más claramente identifican al cristiano, ya que su puesta en práctica le distinguen de quienes tan sólo confían en los éxitos terrenales y en sus propias fuerzas. Los “bienaventurados” son aquellos que ponen su confianza en el Señor, sin descuidar en lo más mínimo la propia superación.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿He intentado alguna vez vivir según el espíritu de las bienaventuranzas?
- ¿Me he esforzado en la defensa de la virtud, la justicia y la verdad?

- ¿Estoy dispuesto a sufrir por defender a los pobres, a los oprimidos, a quienes sufren a causa de las injusticias y los odios?
- ¿Busco desapasionadamente la verdad o cedo ante mis inclinaciones egoístas?

## 9. Ser sal y luz en el mundo

*“Ustedes son la sal de la tierra. Y si la sal se vuelve desabrida, ¿con qué se le puede volver el sabor? Ya no sirve para nada, sino para echarla a la basura o para que la pise la gente. Ustedes son la luz del mundo. . . No se enciende una lámpara para apagarla” (Mt 5, 13-17).*

El evangelista usa de dos preciosas metáforas para explicar la vocación apostólica que debe tener todo bautizado, a semejanza de su Maestro, Cristo. En el A.T. la sal sintetizaba las relaciones del pueblo israelita con Yavhé. Los sabios llegaban a decir que la ley era para el judío como la sal para comida. Sin ella resultaría insípida, del mismo modo que el hombre sin ley es propenso al desenfreno, al desorden y al mal ejemplo.

El cristiano será sal de la tierra cuando haga tomar gusto a los demás por la Persona y el Mensaje de Jesús. Debe atraer a los otros con su ejemplo. Su alegría y su satisfacción por la posesión de la Verdad deben contagiar.

Del mismo modo su fe ha de brillar en medio del mundo para iluminar a los que viven en sombras y tinieblas. Nuestra pequeña luz, unida a la de todos los que pertenecen a la comunidad cristiana, debe ser como poderosa antorcha que guíe a los transeuntes hacia Cristo, evitándoles todo peligro y poniéndoles abiertamente frente a la Luz Divina.

Los discípulos de Cristo, con su ejemplo y con su fe, deben iluminar, con la luz del evangelio, las estructuras y las leyes. Su eficacia será plena cuando la ciencia, la técnica y la sabiduría humana en general, salvando la autonomía que

les concierne en sus campos específicos, se dejen iluminar por el espíritu del Evangelio.

Pero no solamente debemos ser luz para quienes viven claramente en el error o la maldad, sino también para quienes, dentro de la Iglesia, son esclavos de la tibieza o el pecado.

Ser sal para el mundo significa luchar por la integridad humana, es decir, defender siempre al hombre para que, consciente de su dignidad natural y sobrenatural, se relacione estrechamente con quien se la concedió y fraternalmente con quienes la poseen como él. Es esta una tarea sumamente difícil en un mundo como el nuestro que quiere convertir al ser humano en máquina u objeto.

Ser sal y luz significa que, como cristianos, no podemos contentarnos con cumplir externamente con nuestras obligaciones religiosas, sino vivir estrechamente unidos a Cristo, siendo capaces de transparentarlo a través de todos los actos de nuestra vida.

Ser luz es tener presente que el mundo, sin Dios, está a oscuras y ha de ser iluminado para que nadie caiga en el abismo. Es ser conscientes de que la oscuridad se cierne sobre la tierra disimuladamente. Los hombres se dejan tapar los ojos del alma por las malas inclinaciones, los malos ejemplos y el sometimiento a los caprichos.

Ser sal de la tierra lleva consigo estar alerta para que el enemigo no se aproveche de los más inexpertos y estropee con sus sugerencias sus buenas inclinaciones. Es tener la firme convicción de que la Palabra y el Mensaje de Jesús son los únicos capaces de hacer al hombre más digno.

Ser luz para el mundo es vigilarse para no caer en la rutina espiritual y mantenerse continuamente en un proceso de superación personal. Es aceptar a Cristo como guía excelente de nuestras vidas y desear que lo sea también de la de los demás.

Ser sal y luz para los hombres y para el mundo en que vivimos es iluminar con la claridad de nuestra vida, la oscuridad de la de quienes han caído en el error, la ceguera o la comodidad. Si Cristo vino a traer fuego a la tierra un cristiano no debe anhelar otra cosa que verlo arder para bien de todos.

No podemos esconder la luz bajo el candelero, como nos lo advierte Jesús, sino ponerla sobre él para que alumbre a todos los de la casa. Ojalá nos persuadamos de que el buen ejemplo arrastra y así demos frutos de buenas obras para que, viéndolas los otros, se sientan inclinados siempre a la práctica del bien.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Soy ejemplo para quienes me rodean o los arrastro, con mi poca fe, a la indiferencia?
- ¿Colaboro con los buenos para iluminar a los que viven en el error, o permanezco impasible ante él?
- ¿Transmito la experiencia de mi fe a los otros, o tengo miedo al qué dirán?
- Mis obras dan claro testimonio de que Cristo preside mi vida y es lo más importante para mí?

## 10. La ley del amor

*“No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas, sino a llevarla a su perfecto cumplimiento. Porque os digo de veras: antes desaparecerán el cielo y la tierra que falle una tilde o ápice de la ley” (Mt 5, 17 ss).*

Los maestros judíos cumplían la ley externamente y exhortaban a los demás a que hiciesen lo mismo. Los que no la cumplían a rajatabla eran considerados infieles y pecadores. De ese modo convirtieron la ley en letra que mataba el espíritu, ya que quienes cumplían con sus exigencias externas se consideraban perfectos, y se creían libres de hacer en su interior lo que les viniese en gana. Pero ese no era el verdadero sentido de la ley, puesto que Moisés la propuso como una regla para orientar dignamente la vida humana. La sabiduría de la ley nunca puede ir contra la sabiduría de Dios. Y tal como la propugnaban los fariseos ciertamente contradecía la voluntad del Señor.

En estos versículos de San Mateo Cristo aparece como el primer cumplidor de la ley. El no ha venido a suprimir su obligatoriedad, ni a perfeccionar su contenido. Es decir, El no quiere que se deje de exigir el cumplimiento de la ley proclamada por los profetas, que consistía fundamentalmente en la práctica de la justicia y la defensa del inocente. Para Cristo no puede haber verdadero amor y fraternidad entre los hombres (que sería la perfección suma de la ley) si antes no hay entre ellos justicia.

Un pueblo donde hay opresores y oprimidos, libres y esclavos, escandalosamente ricos unos y escandalosamente pobres otros, donde se hace distinción de las personas por

su color, raza u origen, no es un pueblo que cumpla la ley y, por lo tanto, que tenga derecho al amor y la paz.

El cristiano no se compromete con leyes primordialmente, sino con Cristo y su Evangelio. Y el Maestro cumplió a plenitud con la ley, no sólo yendo al templo y pagando los diezmos, sino también aceptando a todas las personas, sin distinción, y amando al prójimo, incluso al enemigo.

Del mismo modo, un cristiano no debe creerse “bueno” cuando cumple con sus obligaciones externas (ir a misa, rezar, pagar promesas. . .). Necesita examinarse muy sinceramente acerca de sus sentimientos para ver si en ellos hay egoísmos, acepción de personas o desprecio del prójimo. La fe debe estar ligada estrechamente a las obras. Estas son el fruto y la prueba de la veracidad de aquella.

La ley humana castiga a quien mata con la espada o el revólver, pero no suele ser muy vigilante cuando se trata de castigar convenientemente a quienes difaman, envidian u odian. La ley penal impone sanciones a quienes no cumplen lo dispuesto para la recta circulación o el pago de los impuestos, pero nada puede hacer contra quien viola lo mandado sin ser sorprendido “in fraganti”. La ley de Cristo no castiga cuando encuentra al culpable, sino que lo orienta para prevenirle y le llama al orden cuando ha procedido incorrectamente, aunque externamente nadie haya percibido su forma de actuar. El cristiano debe proceder siempre con honestidad, no por miedo a la corrección, sino por amor al Legislador y por propio convencimiento.

La esencia de la ley de Cristo es obrar en todo según la Voluntad de Dios, expresada a través de su Hijo, de su Persona y de su Obra. Cristo obró siempre por amor y nos dió a entender que el amor debe ser la fuerza de sus discípulos. El amor me exige no sólo cumplir lo mandado, sino vivir de acuerdo con sus exigencias, que superan lo legal.

El cristiano es también ciudadano de este mundo y debe cumplir perfectamente con las leyes sociales que lo re-

gulan. Pero tampoco ignora que va camino del Padre y, por lo tanto, ha de auscultar su voluntad en todo momento. Y Dios no se manifiesta tan sólo a través de las leyes. A veces en contra de ellas, ya que lesionan los derechos de unos para favorecer los de los demás. Por eso la ley, toda ley, será perfecta y servirá al hombre cuando se deje examinar por el amor y no por la simple conveniencia u orden externo.

La voluntad de Dios es que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad, sintiéndose plenamente humanos y respetando, como cristianos, la escala de valores que su Maestro dejó bien en claro. Jesús nos mandó ser fieles a la ley externa, pero en tanto en cuanto nos sirva para perfeccionar el amor al prójimo y a Dios.

Es triste constatar, sin embargo, cómo muchos cristianos se contentan y se creen “buenos” por el hecho de asistir a misa los domingos o rezar las tres Avemarías antes de acostarse. Es decir, piensan que todas sus obligaciones de bautizados se reducen a esas prácticas loables, pero insuficientes. No nos cansaremos de repetir que es buen cristiano aquél que se identifica con Cristo y se compromete con El en la realización de un mundo mejor, capaz de ser en verdad el Reino de Dios entre los hombres.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Soy un cristiano de los que se contentan con cumplir externamente con las obligaciones religiosas?
- ¿Antes de obrar o tomar una determinación busco cuál es la Voluntad de Dios en ese momento o acto concreto?
- ¿Qué pesa más en mí, el temor o el amor a Dios?
- ¿Vivo mi fe en lo profundo de mi ser de tal manera que informe todos mis actos o me conformo con decir de palabra que soy cristiano?

## 11. Amor sin barreras

*“Os han enseñado que dice la ley: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol para buenos y malos y llover sobre justos y pecadores” (Mt 5, 43-48).*

Los cristianos, como ciudadanos de un mundo que abusa del concepto del amor, hemos caído en la tentación de convertirlo también en algo poético, pero lejano. El amor cristiano, sin embargo, es terriblemente exigente y a la vez satisfactorio. El amor cristiano no sólo me obliga a no hacer daño, sino a practicar el bien.

La ley del talión, tan querida por los judíos, exigía proporcionar al enemigo las mismas injurias hechas por él, es decir, devolver mal por mal, “diente por diente y ojo por ojo”.

Era tan medido el amor de los judíos que decían que una bofetada en la mejilla izquierda debía ser devuelta o sancionada con el cobro de doscientos denarios. Si había sido sufrida por la mejilla derecha podía ser compensada por el ofendido igualmente, exigiendo el pago de cuatrocientos denarios. De esa forma se suscitaba una cadena de violencia que jamás conducía a la reconciliación.

Jesús manda poner la otra mejilla, no como signo de impotencia o falta de reacción, sino como táctica para desarmar al ofensor ya que, viendo ante él una actitud de perdón, muy malvado ha de ser para proseguir con sus ofensas. Es decir, ofrecer la otra mejilla no significa callar ante

la injusticia o la injuria, sino remediarla mediante el silencio acusador.

Es fácil amar a quien nos ama, o favorecer a quien puede devolvernos con creces lo prestado. Pero no tiene mérito alguno. Es una inclinación natural que sigue hasta el más egoísta de los humanos. Lo cristiano es dar sin esperar recompensa, bien porque el que recibe no está en condiciones de hacerlo, bien porque no quiere por cualquier motivo. Si realmente estaba necesitando nuestra caridad no debe mirar a los intereses. Dar es siempre beneficioso, ya que nos lleva a compartir lo que a su vez se nos ha dado y a ofrecer al prójimo un claro testimonio de nuestra condición de creyentes en quien se dio a sí mismo sin otra recompensa que la muerte y el desprecio.

Y dar cristianamente no significa, en ningún modo, dejarse atrapar por los “vivos” que hoy abundan como en ningún otro tiempo. El cristiano al dar, al perdonar, lo hará siempre buscando el bien del otro, no el descaro o la corrupción. Por eso la ayuda va dirigida al prójimo realmente necesitado de ella.

Los rabinos o maestros de la ley habían convertido el amor al prójimo en un pecado, pues para ellos sólo eran prójimos los de la misma nación y raza. Los demás eran personas sin derechos. No debían ser considerados como tales por los israelitas, escogidos y privilegiados de Javhé. Cristo transforma este sentido racista del amor y proclama que prójimo es todo el que Dios pone en mi camino, aunque no tenga el mismo color, la misma raza o credo político y religioso. Es todo hombre que Dios hace pasar a mi lado.

Los judíos tenían como ley “amar a los hijos de la luz (a los miembros de la misma comunidad), y odiar “a los hijos de las tinieblas” (todos los demás). Este sentido racista del amor lo han mantenido hasta el día de hoy, aunque no tan claramente descarado.

El ejemplo de Cristo al decirnos que Dios hace llover para todos, debe convencernos de que ante el Señor todos so-

mos igualmente dignos. No podemos pretender implacablemente que todos piensen como nosotros o tengan las mismas creencias. Debemos aceptarlos, amándolos sin condiciones para que si son buenos, sean aún mejores, y si son malos se decidan a convertirse en hermanos de todos.

Asímismo, debemos pensar con realismo si Dios sería partidario de las guerras, las violencias y las opresiones que existen en nuestro mundo, creadas como consecuencia del egoísmo, el complejo de superioridad de unos pueblos contra otros, de naciones poderosas contra las indefensas, de hombres ricos contra hombres miserables sin culpa. Su ley de amor obliga a todos por igual. Y si el mundo no anda bien es porque le falta amor. Jean René Huguenín, joven cristiano muerto en accidente de circulación, escribió en su diario: "Los hombres de hoy mueren porque no aman".

## PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Amo tan sólo a quienes me son simpáticos, a quienes son de mi familia o de mi misma clase social?
- ¿Me compadezco simplemente de los que sufren o mi amor es sincero y trato de solidarizarme con ellos a través de hechos concretos?
- ¿Me dejo llevar por el odio, el rencor, la envidia y los celos?
- ¿Amo al extranjero, al negro, al blanco), al marginado?

## 12. La viga y la paja

*“No condenéis y no seréis condenados, ya que El os juzgará a tenor de vuestros juicios, y os medirá con el rasero que apliquéis a los demás. ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo?” (Mt 7,1).*

Hemos de admitir que somos propensos a juzgar a los demás con severidad y a ser excesivamente complacientes con nosotros mismos. Para nuestras faltas siempre encontramos atenuantes y disculpas, en cambio, somos incapaces de ver lo bueno de los otros. A todo lo que ellos hacen dicen o piensan, por honesto que sea, solemos ponerles algún reparo. No admitimos, en cambio, que encuentren deficiencias en lo que nosotros planeamos o llevamos a cabo.

Pues bien, debemos saber que la dureza del futuro juicio no partirá de Dios arbitrariamente. El, infinitamente misericordioso, quiere que todos se salven, pero por ser también totalmente justo no puede menos de rechazar a quienes juzgan con severidad a los otros. La medida de nuestra recompensa será la que hayamos usado con los demás. La mezquindad no puede ser pagada con la generosidad.

El no juzgar a los otros significa que de ese modo nos tratarán con benignidad en nuestras debilidades, y también que no estamos capacitados para entrar en el corazón de las personas, y es ahí, en el corazón, donde se fragua la maldad, no en lo que aparece simplemente ante los sentidos corporales.

Nosotros sólo podemos juzgar lo que se ve, condenando el error y despreciando el pecado, pero no podemos ser ri-

gurosos con el pecador, evitando así toda posible equivocación y dándole la oportunidad de cambiar de vida.

La mayor parte de las discusiones familiares, las luchas entre amigos, las rencillas, los odios y los malentendidos, provienen de la severidad con que miramos lo que los demás hacen o piensan. Nunca debemos olvidar, al tratar los asuntos, al vigilar las obras o examinar los sucesos, que detrás de todos ellos están las personas que como nosotros tienen una sensibilidad y un agudo sentido del honor. No lleguemos a herirles para que no tengan disculpa a la hora de encarar sus deficiencias.

El único juicio que en realidad se nos permite a los cristianos es el que nos lleva a discernir el bien del mal. Debemos juzgar rigurosamente los hechos, a fin de que cada día se enmienden más los errores, pero debemos ser tolerantes con los seres humanos. Ser tolerantes no significa aprobar su maldad, sino confiar en su posible conversión, en su radical cambio de proceder.

A la luz de la fe hemos de examinar qué es lo bueno y qué lo malo. El juicio de cada persona sólo lo puede hacer Dios, porque sólo El conoce nuestro corazón y sus intenciones al obrar de una u otra forma.

Nuestro papel es el de ser abogados de todos los hombres, intercediendo por ellos, no para que se les disculpen sus errores, sino para que, ante la presencia del bien y la misericordia, se muevan al arrepentimiento.

La corrección está permitida y recomendada por el evangelio. Pero se trata de una corrección que ha de ser siempre "fraterna", es decir, no en plan de recriminación, sino de exhortación al bien.

Si somos sinceros tenemos que reconocer que la forma más común de actuar entre nosotros es culpando al prójimo ante los otros, es decir, proclamando sus limitaciones sin que él lo sepa directamente, siendo peor el remedio que la enfermedad. Toda corrección evangélica debe ser dirigida al interesado con delicadeza y caridad. Obrar a sus es-

paldas es una falta grave de respeto y de amor al prójimo, de la cual no nos arrepentimos debidamente.

Si queremos hacer un bien a quienes obran el mal debemos acercarnos a ellos como a verdaderos hermanos, controlando su tendencia a no admitir el mal, mediante la exhortación cariñosa y fraterna. No nos regocemos en el mal del prójimo. Antes bien, hagamos cuanto esté en nuestras manos para que, sin hundirte más en el vicio, pueda emprender el camino del bien.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿ Soy propenso a juzgar ligeramente a los demás?
- Si no me gusta ser criticado, ¿por qué me creo en el derecho de hacerlo con los demás?
- ¿Doy la cara cuando he cometido alguna falta, sobre todo si con ella he perjudicado al prójimo?
- Soy tan cristiano que ayudo a los demás a ser mejores, corrigiéndolos con amor fraterno?

### 13. Dar buenos frutos

*“Guardaos de los falsos profetas que se os presentan disfrazados de ovejas, pero que por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Se recogen acaso racimos de los espinos o higos de los cardos? Todo árbol bueno da frutos buenos y todo árbol malo da frutos malos” (Mt 7, 15 ss).*

Estos versículos de Mateo nos dicen, en primer lugar, que hay profetas falsos y perversos que hemos de conocer perfectamente para no caer en sus garras. En verdad, el mal nunca se presenta con toda su falsedad. Se suele vestir o disfrazar para ser más fácilmente aceptado. Cuando uno cae en el peligro es porque este se le ofreció tentador.

Hay quien vive para satisfacer sus instintos y para llevar a cabo planes maquiavélicos con el único fin de favorecer sus caprichos. Para lograrlo se valen de todos los medios, hasta del engaño, la falsa propaganda, y la promesa de bienes incalculables. Tan sólo los que se vigilan y conocen el bien serán capaces de salir airosos de estas tentaciones cotidianas.

En nuestro mundo no son pocos los que ignoran la noción del bien y del mal. No saben distinguir ambas barreras porque se han dejado traspasar por la confusión reinante que opera a las órdenes del mal. Sembrar la confusión, justificar ciertos actos e impulsar a la práctica de determinados vicios, es el empeño primordial de los llamados falsos profetas.

El cristiano debe ser consciente de que ante su conciencia se presentarán siempre el camino de la perdición (nunca

abiertamente manifiesto porque resultaría excesivamente repugnante), y el camino de la vida (opacado para quienes abogan por la muerte). Esta doble tensión permanecerá constantemente ante sus ojos.

Pero tiene un termómetro muy eficiente para acertar con seguridad. Ha de juzgar siempre por los frutos. No deberá temer a quienes aparecen en todo como respetuosos del plan de Dios y conscientes de sus obligaciones con el prójimo. Estos andan en la luz y jamás podrán sembrar la maldad. En cambio, quienes se buscan a sí mismos y burlean las leyes humanas y divinas, o las acomodan a sus deseos, deben ser apartados del círculo de nuestras amistades, y únicamente debemos ver la manera de alternar con ellos para llevarles a una toma de conciencia de su propia maldad, y a una aceptación de los caminos del bien. No debemos ser ingenuos. Hemos de pensar que una manzana podrida puede arruinar a todas las restantes del cesto. Por eso lo mejor es evitar la presencia de quienes permanecen en una actitud de constante rebeldía contra Dios, aunque por otra parte se nos presenten con cara de ángeles.

En nuestro mundo pululan asociaciones, sectas, clubs, e incluso “cristianos” que no tienen otro fin que embaucar con su labia a los más ignorantes. Son esencialmente mentirosos y su deseo no es convertir a los hombres hacia Dios, el bien, y la fraternidad universal, sino hacer prevalecer sus fines ocultos de división, odio y fanatismo. Los Testigos de Jehová, esencialmente fanáticos y mendaces (son fruto de una mentira, porque mentiroso fue hasta el extremo su fundador), pueden muy bien ser los lobos disfrazados con piel de oveja. O los cristianos (sean católicos o evangélicos) que se sirven del evangelio para embaucar y perder a quienes ingenuamente les hacen caso.

Los frutos buenos se distinguen siempre con claridad. El que busca el bien evita toda disensión, odio o rencor y anhela cumplir en todo la voluntad de Dios, expresada en su evangelio.

En nuestra vida cotidiana tenemos la oportunidad de co-dearnos con gente de toda clase y condición. A todos debe-

mos amar y desear el bien. Pero debemos ser enérgicos para acabar con aquellas compañías o planes que van en contra de la ley de Dios, que nos manda amarle a El sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

“Dime con quién andas y te diré quién eres”, dice el refrán. Muchas veces, por falta de vigilancia, nos dejamos arrastrar por el mal. Lo hacemos cuando:

- no luchamos contra todo lo que perturba el orden instituido por Dios;
- no colaboramos con el bien, luchando contra la injusticia, el odio y el vicio;
- cedemos ante el mal por las presiones o los beneficios materiales que nos promete.

Aún dentro de nuestra misma Iglesia surgen a veces grupos que creen tener, en su forma de pensar, todo lo sustancial de la fe, llamando a otros grupos que tienen una mentalidad distinta “herejes o infieles” al plan de Dios. Hay que estar alerta para no dejarse embaucar por el primero que cruce nuestra puerta. Dios ha prometido asistencia a su Iglesia y permanecer fieles a ella nunca será un error. Debemos tratar de perfeccionarla, adaptarla y hacerla necesaria en nuestro mundo, pero siendo siempre fieles a ella. A lo largo de la historia se han originado cismas, herejías verdaderas y dolorosos enfrentamientos entre católicos, precisamente porque algunos han buscado su propio camino de salvación.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Me he callado ante el error y el mal, dejando que crezcan el desorden y la injusticia?
- ¿Denuncio y desenmascaro a los falsos profetas, o más bien me callo por cobardía ante sus obras?
- ¿Son buenos tan sólo los que me favorecen y malos los que no me simpatizan?
- ¿Distingo el bien y el mal según el evangelio o según mis conveniencias personales?

## 14. Id y predicad

*“Jesús envió a estos doce a predicar, después de haberles dado estas instrucciones: no vayáis a tierra de gentiles, ni entréis en ciudad de samaritanos, sino dirigíos a las ovejas perdidas del pueblo de Israel. Id y predicad, anunciando que se acerca el Reino de los Cielos” (Mt 10, 5).*

Tal vez nos extrañe que Mateo haga alusión al mandato de Cristo de predicar tan sólo al pueblo de Israel, mientras que los otros evangelistas anotan que esta obligación de predicar se debía extender “a toda criatura”. Tenemos que partir del hecho de que Jesús jamás salió de Israel durante su vida pública y, sobre todo, que Dios quería ser fiel a su pacto con el pueblo elegido hasta las últimas consecuencias. Por eso les ofrece a todos los judíos la posibilidad de creer por fin en el Mesías.

El mismo Jesús, sin embargo, después de su Resurrección, anunció la evangelización de los gentiles. El evangelio deberá ser predicado primero a los judíos, pueblo elegido, luego a todas las gentes.

Cuando Jesús manda que se predique a los judíos los pone a prueba. ¿Le aceptarán o se negarán a admitir su mesianidad? En uno u otro caso podrá decirse que el Señor agotó sus últimos recursos con el pueblo israelita, anunciandoles la Buena Noticia de muy diversas maneras. Fueron los judíos los que libremente la rechazaron por no acomodarse a sus planes político-racistas.

El mandato de Cristo de evangelizar a todo el mundo da paso a la historia de salvación de la Iglesia. Le confió a esta, en sus apóstoles y sucesores, el depósito de su doctrina

para que lo dieran a conocer fuera de Israel. Para ello les “cedió” todos sus poderes. Y los discípulos tuvieron conciencia desde el principio de que el poder les venía de Dios y no de sus propios méritos, siendo ellos simples administradores de la Palabra.

La misión que se les confía a los discípulos es la de que todos los hombres se salven y encuentren el sentido de su vida en Cristo.

La misión quedará cumplida, no sólo con el hecho de predicar la Palabra y bautizar. Exige también incorporarse activamente a la comunidad fundada por Cristo, la Iglesia. Tal incorporación supone un estilo de vida permanente.

Mateo recalca mucho el estilo de vida que debe caracterizar al predicador. Ante todo, ha de confiar más en la gracia de Dios que en sus propias fuerzas. No ha de poner toda su seguridad en los medios humanos (dinero, vestidos, comida, . . .), sino en el testimonio de su abnegación. De ese modo quedará patente ante todos que el Evangelio no es un sistema político necesitado de líderes de masas para ganar adeptos, ni un productor comercial que basa toda su fuerza en la publicidad. El evangelio no se impone, se expone, y debe ser aceptado, libre y gozosamente, por quienes llegan a conocerlo.

La presencia de los apóstoles en una ciudad debe ser motivo de gozo y de ejemplo para todos sus habitantes. El centro de su mensaje debe ser anunciar la muerte y resurrección de Jesús, señales evidentes de la presencia de Dios entre los hombres.

Es importante recalcar que el mandato de predicar el evangelio a toda criatura no es obligación tan sólo de los apóstoles y de aquellos que son especialmente llamados a cierto tipo de “vida consagrada”, sino de todos los bautizados. Se nos otorga gratuitamente el don de la fe, no para que lo disfrutemos tan sólo personalmente, sino también para que lo difundamos con entusiasmo, deseando que otros se beneficien de ella.

La mejor forma de evangelizar en nombre de Jesús es con el ejemplo de la propia vida. Si los demás caen en la cuenta de la satisfacción que nos proporciona la fe el gozo de poseer a Cristo y el empuje que nos da para actuar recatadamente en todo, se sentirán movidos a imitarnos.

Pero al ejemplo también debe acompañar el anuncio claro de la Palabra, la manifestación externa de nuestra fe, la proclamación del mensaje de Jesús. Porque sólo el que oye puede llegar a conocer.

Sería incomprensible un cristiano que, diciéndose verdaderamente creyente, diese a su fe una dimensión puramente individual. Es decir, un cristiano conforme con conocer él a Jesús, pero despreocupado por darle a conocer a los demás. Cristo vino a traer “fuego” a la tierra y no quiere otra cosa que verlo arder. Depende de cada uno de nosotros, bautizados, hacernos con parte de ese fuego y prender con él a cuantos nos rodean. Es nuestra obligación cristiana hacerlo.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Predico el evangelio con mi ejemplo y mi palabra, o más bien me siento cohibido cuando se abordan temas religiosos entre mis amigos y conocidos?
- ¿Colaboro para que otros puedan conocer a Cristo allí donde no ha sido predicado?
- ¿Cristo llena mi vida? ¿Por qué entonces no brindo su mensaje a los demás?
- ¿Ponemos tanto empeño en predicar el Evangelio como en dar a conocer nuestros negocios o empresas humanas?

## 15. Seréis perseguidos

*“Mirad que os envió como ovejas en medio de lobos; sed, pues astutos como serpientes, y sencillos como palomas. No os fiéis de los hombres, porque os citarán ante los tribunales del Sanedrín y os azotarán en sus sinagogas. Por mi causa os llevarán ante los gobernadores y reyes” (Mt 10, 15).*

Los discípulos de Jesús, al salir a predicar por todo el mundo, sabían muy bien que iban a encontrarse con el rechazo de los judíos de la diáspora y con el de los pueblos paganos. No dudan de que serán llevados a la cárcel e incluso a la muerte por defender y predicar el nombre de Jesús. De hecho casi todos ellos murieron martirizados.

Pero Jesús, desde el momento mismo en que les da la orden de predicar a todos los pueblos, les promete su asistencia, por medio del Espíritu Santo, que los acompañará, los fortalecerá y en su nombre podrán realizar signos y prodigios.

Jesús les dice únicamente que:

— *Sean prudentes y sencillos.* No deben fanatizarse. Han de suspender su misión cuando son abiertamente rechazados, e irse a otro lugar. No deben desafiar las iras de sus enemigos que harían peor daño a la causa del evangelio. Han de proceder siempre con sencillez, exponiendo sus convicciones con claridad y persuasión, fiándose más de la fuerza de la Palabra que de su propia autoridad.

— *No deben preocuparse por el fracaso.* No es bueno perder la paz. Hay que saber esperar el momento más propicio. No es fácil que se pueda sembrar y cosechar de

inmediato. Dios puede encontrar otros caminos y medios desconocidos por sus discípulos. Ellos cumplen con su deber sembrando, cultivando y acrecentando. Recoger podrán hacerlo otros o el mismo Señor.

— *No han de temer a los que no pueden matar el alma.* Los hombres podrán acabar a la fuerza con el cuerpo, material y agotable, pero jamás podrán hacer nada contra las ideas. Lo que se debe temer es el desánimo, la pérdida de la fe y del espíritu cristiano. Debemos también apreciar la vida como un don de Dios. Pero es más útil cuando se entrega al Creador por defender su Causa. Los mártires han sido siempre semilla de nuevos cristianos. Su muerte no fue inútil, ni su espíritu apagado.

— *Deben temer al que puede arrojar al infierno,* es decir, al que es capaz de matar los ideales y conducir por el camino de la perdición. A Dios es a quien debemos “temer”. El es quien se verá precisado a recharzarnos si renegamos de su mensaje y de su nombre. Los seres humanos no son todopoderosos y, por lo tanto, nada pueden contra nuestro espíritu. Pero sí pueden hacernos caer en el mal y seguir caminos contrarios a Dios. A quienes así nos “perturban” debemos en verdad temer.

— *Estar dispuestos para la batalla.* Cristo mismo nos advierte que *no vino a traer la paz, sino la espada*” (Mt 10, 34). Su mensaje confundirá y molestará a quienes viven al margen de la honestidad, pagados de sí mismos y esclavos de sus placeres. Su doctrina dará en rostro a quienes se han decidido a vivir según les dictan sus propios intereses. No es extraño, pues, que quienes así obran rechacen el evangelio y a quienes se lo transmiten. No por eso han de amilanarse los discípulos. Su fuerza debe ser el Señor y nada han de temer. Si Dios está con ellos, nadie podrá hacerles daño. Han elegido a Cristo y nada ni nadie podrá separarlos de El.

Quien predique el mensaje de Jesús con esta valentía frente a la adversidad, heredará la vida eterna, es decir, participará plenamente de la vida divina. La predicación de Jesús produce tensiones entre los oyentes, ya que lo que exi-

ge (amor a Dios sobre todo y al prójimo con la misma intensidad que a uno mismo) va contra todas las normas del egoísmo y las doctrinas más gratas a los seres humanos.

En nuestros días muchos sacerdotes, religiosos y laicos cristianos son duramente perseguidos, e incluso encarcelados y asesinados por los gobiernos y “asociaciones” de este mundo que, lejos de buscar el bien común, no tienen otros anhelos que engordar a cuenta de lo que sea. Es fácil que la solidaridad, en nombre del evangelio, con los pobres, oprimidos y marginados, reclamando para ellos justicia, sea causa suficiente para levantar las iras de los explotadores. Pero nada han de temer quienes valientemente exigen el respeto a la dignidad de los más menospreciados. Cristo está con ellos y un día serán reconocidos sus esfuerzos. Su vida si les es arrebatada no habrá sido en ningún modo inútil.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Estoy dispuesto a ser burlado y perseguido por defender el evangelio?
- ¿Confío más en la ayuda de Dios que en mis propios méritos?
- ¿Soy capaz de renunciar a todo por seguir a Cristo?
- ¿Sé con seguridad que no es posible llegar al triunfo de la Resurrección sin pasar por las dificultades de la Cruz?

## 16. El yugo de Cristo

*“Vengan a mí los que se sienten cargados y agobiados, porque yo los aliviare. Carguen con mi Cruz y aprendan de mí, que soy paciente de corazón y humilde, y sus almas encontrarán alivio, pues mi yugo es suave y mi carga es ligera” (Mt 11, 28).*

El legalismo de los fariseos era esclavizante. Obligaban a los demás a someterse al cumplimiento rígido de las leyes, pero ellos las burlaban con astucia. Hasta tal punto había llegado esta “sumisión” a las normas que el sábado (día del Señor para los judíos) era dueño del hombre y no al revés, como Cristo afirmó.

En principio, hemos de decir que todo sistema de “fabricación” humana tiende a esclavizar si no se vigila o “critica”. Conocemos algunas organizaciones humanas e incluso algunas sectas religiosas (orientales, testigos de Jehová, Moon. . . ) que exigen a sus afiliados una total obediencia, sin posibilidades de diálogo. Los fieles, en este caso, se fanatizan de tal forma que llegan a perder todo sentimiento y el sentido de la propia personalidad.

En nuestro mundo, estamos todos un poco alerta sobre el alcance y la precisión de la ciencia y de la técnica. Sabemos de sociedades donde los seres humanos se han dejado manipular por las máquinas. No son pocas las empresas y organizaciones cuya única meta es llegar a dejar al hombre sin salidas para mejor atrapararlo y dominarlo.

Toda organización política, social, deportiva, económica o cultural exige a sus miembros un cumplimiento riguroso

de las leyes aprobadas. Los individuos son como números de la asociación y no cuentan como personas particulares.

Cristo no quiso "organizar" un sistema, un partido o una sociedad a base de leyes impositivas. A cada uno de sus discípulos les lanzó la invitación a seguirlo, pero no los obligó a hacerlo. Si lo hicieron con tanta prontitud fue porque su persona y sus obras los atrajeron desde el primer momento. En el caso del joven rico, el seguimiento no fue incondicional. Se marchó, dejándolo. Ningún cristiano debe sentirse obligado a creer a la fuerza, sino libremente.

El cristianismo tiene su fuerza en la ley del amor y, por lo tanto, es consciente de que tal seguimiento y virtud no se consiguen forzando las voluntades.

Cristo como Legislador y centro de la ley no aparece nunca como tirano implacable. Como Dios, conoce las limitaciones del ser humano y es comprensivo y tolerante con ellas. El cristiano que cae en la tentación de no amar (en eso fundamentalmente consiste el pecado) no es alejado de la comunidad de los cristianos. Se le ofrece el perdón y el poder comenzar de nuevo, olvidando su pasado bochornoso.

En algunas religiones primitivas, se exigía a veces y en nombre de la ley, la muerte o sacrificios de personas o cosas costosas. El cristianismo no quiere la muerte del ser humano, sino que se convierta y viva.

Nuestro Dios no es un juez sin sentimientos que castigue sin misericordia. Dios es Amor y todo el que ame será capaz de obedecerle, no en virtud de la ley, sino impulsado por el mismo amor.

Cristo no dio unas normas uniformes, a las que todos deberán someterse del mismo modo y manera. El conoce a cada ser por su propio nombre y respeta sus decisiones y vocación. Cada uno puede poseer su carisma personal, pero no por eso deja de pertenecer al mismo cuerpo. Es más, de esa manera se enriquece el todo, cuando uno pone al servicio de la comunidad sus planes peculiares.

Con razón pudo decir que su yugo era suave y su carga ligera. El que los acepta, lejos de sentirse atado, se nota liberado de toda esclavitud, ya que sabe ordenarlo todo para su propio bien espiritual. El cristianismo da sentido a la vida, valora la persona humana y exhorta al hombre a ser consciente de sus dones y a ponerlos a fructificar para sentirse útil a los demás. Y esto es, en definitiva, lo que todos anhelamos cuando aún no han hecho presa en nosotros el egoísmo, la deshonestidad o la perversión.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- Si creo que el cristianismo es una carga, ¿no será porque soy incapaz de entender lo que es el amor?
- ¿Practico mi fe por convicción o por cumplir con un deber?
- ¿Oigo la invitación de Cristo a seguirlo libremente para encontrarme con la plenitud?
- ¿No seré realmente esclavo de mis pasiones por ser infiel a las exigencias de mi fe cristiana?

## 17. Somos libres

*“En una ocasión iba Jesús de camino por los sembrados en día de sábado, y sus discípulos comenzaron a arrancar espigas y a comérselas porque tenían hambre. Los fariseos, al advertirlo, se lo echaron en cara: mira que tus discípulos hacen lo que no está permitido en sábado” (Mt 12, 1 ss).*

Dios es absolutamente libre y hace participar al hombre de su libertad. Es esta una de las cualidades que le otorga gratuitamente, con todos los riesgos y responsabilidades que exige. El único límite que pone a esta libertad humana es el respeto a la libertad de sus hermanos. Somos todos libres, pero estamos llamados a convivir y por eso nuestra libertad llega hasta donde comienza la de los otros.

Los judíos, en contra de la voluntad del Señor, habían dictado algunas normas rígidas, tales como la prohibición de hacer cualquier cosa en día de sábado. Para ellos el sábado era sagrado y nadie podía mover una paja si quería santificarlo. Cristo les dice con claridad que no es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre.

Como el hombre tiende siempre a oprimir a los demás y a convertirse en dictador, el cristianismo quiere que cultive su libertad, pero considerando hermanos a todos los demás. A un extraño no se le siente hermano y se le juzga con rigidez; a uno de los nuestros, en cambio, se le toleran muchos desatinos, se le corrigen cariñosamente los defectos y se le desea lo mejor. Por eso la libertad que Dios nos concede es la propia de los “hijos”. De ese modo, como hijos de Dios, hemos de ser conscientes de que somos todos hermanos, con los mismos derechos y obligaciones. No de-

bemos permitir que los demás conculquen los nuestros, pero tampoco nosotros debemos pasar por encima de los suyos.

Todo autoritarismo y toda obediencia que quieran imponerse por la fuerza no son obra de Dios y no están acordes con el espíritu del evangelio, pregonado en este texto de Mateo. Cristo nunca obligó a sus discípulos a tomar esta o aquella determinación, sin que mediase el diálogo y se expusiesen con toda claridad las razones.

Para entender mejor este sentido de la libertad cristiana acudamos al mismo evangelio. San Mateo nos dice: *“Vosotros no os dejéis llamar Rabí, porque uno sólo es Vuestro Maestro; y vosotros sois hermanos. Ni llaméis a nadie Padre vuestro en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar directores, porque uno es vuestro director, Cristo”* (Mt 23, 8).

El mismo evangelista advierte en otro lugar: *“Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como jefes absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor”* (Mt 20, 25).

Como puede verse el evangelio sólo resalta el absoluto “señorío” de Dios que debe ser acatado por amor. Entre los hombres las relaciones deben ser fraternales. Sólo así se evitará el que unos (poderosos) opriman y esclavicen a otros (pobres) para que les sirvan y obedezcan. No somos dueños de nada. El dueño de todo es el Señor. Nosotros somos sus administradores y no podemos hacer uso de las cosas caprichosamente, mucho menos del ser humano, creado por Dios a su misma imagen y semejanza.

Si cumpliésemos con este sentido que el evangelio atribuye a la libertad, no nos dejaríamos esclavizar por nada ni por nadie, ni obligaríamos a otros a estar sometidos a nuestros deseos. Todos juntos haríamos uso de una autoridad fraternal, cumpliendo cada uno con su deber.

Recordemos, para nuestro propio provecho, algunas otras frases de la Escritura sobre la libertad cristiana:

—“Porque el Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2 Cor 3,17).

—“La verdad os hará libres” (Jn 8,32).

—“No somos hijos de la esclava, sino de la libre” (Gal 4, 31)

—Hermanos, habéis sido llamados a la libertad (Gal 5, 13).

Como podemos ver la libertad llamada de los hijos de Dios nace del convencimiento de que mi libertad es un don de Dios, no para ejercerla caprichosamente, sino según su voluntad, que siempre desea lo mejor para cada uno, y según el respeto que merecen y se les debe a los demás.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Me siento realmente libre al aceptar a Cristo en mi vida?
- ¿Respeto la libertad de los demás?
- ¿Ejerczo un autoritarismo anticristiano sobre quienes están bajo mis órdenes?
- ¿De qué soy realmente esclavo?

## 18. Ser tierra abonada

*“Salió un sembrador a sembrar. Y, según iba sembrando, parte de la semilla cayó en el camino, vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas había tierra. . . Otra parte cayó entre espinos. Y otra parte cayó en tierra buena, y produjo cosecha como de ciento, sesenta y treinta por uno” (Mt 13, 4)*

Jesús hablaba con mucha frecuencia en parábolas. Y lo hacía poniendo comparaciones inteligibles para aquella época. Una de las más hermosas y prácticas es esta del sembrador. El mismo Jesús se la explica a sus discípulos y les dice:

- lo sembrado es la Palabra de Dios que exhorta a una vida santa;
- la semilla que cayó en el camino es la de quienes escuchan esa Palabra, pero no la entienden y el mal termina por sofocarla;
- la que cae en terreno rocoso es la del que oye la Palabra con gozo, pero poco a poco la olvida y se pierde por falta de solidez;
- la que crece entre espinos es la que reciben quienes se dejan dominar por las riquezas y afanes de este mundo;
- tan sólo el que escucha la Palabra, la entiende y la cumple da mucho fruto.

La Palabra de Dios fecunda el corazón del hombre, pero no a la fuerza. Necesita encontrar una disposición de aper-

tura y de esfuerzo personal. Dios siembra, pero depende del hombre el aceptar o rechazar la semilla. Somos libres para el bien y para el mal.

Ser bueno, dar frutos, significa:

- vigilarnos constantemente, pues el mal, la tendencia al egoísmo, al vicio, es constante;
- luchar sinceramente por la superación en todos los órdenes de la vida,
- apartarnos del mal, de la violencia, la avaricia, las compañías perniciosas y los peligros en general;
- sacrificarnos, ya que ser honestos en un mundo fácilmente dominado por la perversidad, es tarea árdua,
- conseguir el don de la paz que es el fruto de una vida realmente cristiana.

Con frecuencia pretendemos justificar nuestra frialdad religiosa echando la culpa a las estructuras, a las personas y a los sucesos que acontecen a nuestro lado. Pero si somos sinceros hemos de reconocer que el mal anida en nuestro corazón y que preferimos vivir en las tinieblas antes que en la luz, para que de ese modo nuestros vicios puedan ser cultivados sin remordimientos.

Hemos dicho que Dios nos ha otorgado el don inefable de la libertad. Pero nosotros no sabemos usarla correctamente y, pretendiendo satisfacer nuestros deseos, nos atamos a un conjunto de leyes, personas y cosas que nos esclavizan, y que hacen imposible el entendimiento de la Palabra de Dios.

No debemos esperar, como los judíos, que Dios nos fabrique un mundo mejor para disfrutarlo después cómodamente. El Reino de Dios está entre nosotros y lo llegaremos a sentir cuando escuchemos la voz de Dios que nos habla por medio de Jesucristo y su evangelio. Esto significa aceptar la dura brega de todo comienzo: sembrar, abonar, regar, matar la hierba dañina, vigilar los climas para que no perjudiquen la semilla. El éxito no se hará esperar y a la larga la cosecha será realmente abundante.

Todos conocemos a esos seres humanos que, por haberse dejado guiar por los instintos del placer, del dominio y del confort, llegan a la ancianidad insatisfechos, vacíos y a veces odiados. En cambio, es dulce la vejez de quienes, durante su vida, han procedido en todo con honestidad. Los frutos que recogen son abundantes y no temen la muerte porque pueden presentarse ante el Señor con las manos llenas de méritos y buenas obras.

En vano leeremos la Palabra de Dios si no nos dejamos interpelar por ella. Dios no opera forzosamente en nosotros. Nos concede la libertad de responder generosamente a su llamada o de olvidarnos para siempre de ella. No cultivemos en nuestra vida espinos ni demos lugar a las piedras. Sólo así Dios hablará libremente a nuestro corazón.

No debemos nunca olvidar que el árbol bueno se conoce por sus frutos, que han de ser buenos, y que del mismo modo el árbol malo, no dará jamás frutos buenos. Así también el cristiano verdadero es conocido por sus frutos (mansedumbre, paz, laboriosidad, amor al prójimo...).

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Qué dificultades pongo a la gracia de Dios?
- ¿Leo con asiduidad y preparación su Palabra?
- ¿Siembro, con mis buenos ejemplos y mis orientaciones, la Palabra de Dios entre quienes me rodean?
- ¿Estoy dispuesto a ser “trabajado” por Dios?

## 19. El pan verdadero

*“Dio Jesús orden a la gente de que se sentara en el suelo; tomó los siete panes y los peces; rezó la bendición, los partió y los dio a los discípulos, quienes los fueron repartiendo a la gente. Y comieron todos hasta saciarse” (Mt 15, 35).*

Mucha gente seguía a Jesús porque su Persona y su Palabra los dejaba fascinados. Algunos (entre ellos sus discípulos) porque tenían la secreta esperanza de que El fuese realmente el Mesías. Y la mayoría porque hacía prodigios y les proporcionaba alimentos y salud gratuitamente.

Los judíos no ignoraban que Yavhé había dado de comer el maná en el desierto a sus antepasados, librándolos así de la muerte segura. Dios les envió el maná (alimento desconocido para el hombre), a fin de que reconociesen la trascendencia del poder de Dios. Pero ellos, en su gran mayoría, siguieron pensando únicamente en el pan material.

Cuando Cristo multiplica los panes lo hace, precisamente, para saciar el hombre de quienes le han seguido a través de los caminos polvorientos. Pero piensa también en cómo convencer a sus oyentes de que “no sólo de pan vive el hombre”. Y, sobre todo, quiere irles preparando para el gran milagro de la Eucaristía, en la que Cristo se hace presente a través de las especies del pan y el vino.

Todos los seres humanos nacen con el convencimiento de que necesitan alimentar su cuerpo para sobrevivir y desarrollarse sanos. Pero son muy pocos los que caen en la cuenta de que el espíritu también requiere su “pan de ca-

da día”. Para un cristiano el misterio eucarístico es céntrico. Su fe, basada en la Persona y la Palabra de Jesús, le dice que Cristo está presente en las especies del pan y vino, una vez que el ministro pronuncia sobre ellas las mismas palabras que pronunció el Señor en la última Cena. Este sacramento de la Eucaristía es uno de los más difícilmente comprensibles para la mentalidad del hombre. Por eso, a lo largo de la historia, unos lo han negado y otros despreciado como imposible. Tan sólo el verdadero creyente, el que es capaz de admitir que esta “inmolación” supera todo razonamiento humano y sólo encuentra explicación en Cristo, para quien todo es posible por obra del amor, recibirá y venerará la Eucaristía.

Es curioso ver cómo la multiplicación de los panes que Mateo narra en el capítulo catorce, se encuentra también en los otros tres evangelistas. San Mateo nos dice que antes de repartir el pan “dio gracias, lo partió y dió”, lo mismo que al narrar el suceso de la última Cena. No bendice los peces, sino sólo el pan. Lo reparten y lo recogen los discípulos, expresamente ellos.

La Eucaristía es únicamente para los que tienen hambre, Es decir, para quienes aceptan a Cristo en su vida y también su Palabra. Los satisfechos, los pagados de sí mismos, los egoístas e injustos, los que no tienen capacidad más que para ser amados y no para amar, jamás entenderán el sentido de este sacramento, obra de amor. San Pablo advierte severamente que hay que “comer este pan”, distinguiéndolo perfectamente del pan material, ya que quien no los distingue “come y bebe su propia condenación”.

Pero, sobre todo, recibir y aceptar la Eucaristía obliga a comprometerse más estrechamente con la comunidad humana en general y en especial con la comunidad cristiana, ya que al comer todos de un mismo pan (el Cuerpo de Cristo) manifestamos nuestro deseo de pertenecer a una misma familia (la de los hijos de Dios). No podemos recibir a Cristo individualmente, sin relación alguna a la comunidad de los bautizados. La Eucaristía nos lleva a creer que el amor (misterioso directamente significado por ella) es la fuerza del cristianismo. Es decir, nos obliga a evitar todo odio,

rencor y violencia injustificados. Creer en Jesús, presente en el pan y el vino, es aceptar que El debe presidir e inspirar nuestras obras y acciones.

Ir a misa y no participar en el banquete eucarístico es como asistir a una fiesta y no probar ninguno de los licores o manjares que en ella se ofrece. Deberíamos estar siempre preparados para recibir a Cristo. La limpieza de conciencia que nos pide para recibirle nos obligará a observar en todo una conducta intachable. La gracia que nos da el mismo sacramento, debidamente recibido, ha de ayudarnos a mantener siempre esta honestidad de vida.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Acepto el sacramento de la Eucaristía como centro de la vida de la comunidad cristiana?
- ¿Recibo a Cristo frecuentemente y con fe?
- La Eucaristía, ¿me obliga a sentirme hermano de todos los hombres?
- ¿He meditado debidamente sobre este gesto de Cristo?

## 20. Lo que mancha al hombre

*“¿No comprendéis que lo que entra por la boca pasa al vientre y termina en la cloaca? Pero lo que sale de la boca procede del corazón, y eso es lo que hace impuro al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios los adulterios, las fornicaciones, los falsos testimonios y las blasfemias” (Mt 15, 17).*

La ley penal castiga a quien la infringe sólo cuando es declarado públicamente culpable. Nada puede hacer si no cuenta con pruebas eficientes. De esa manera es muy frecuentemente burlada.

La ley de Cristo no es una ley de castigos y premios que regule los actos puramente externos de las personas. Los fariseos tan sólo se afanaban por cumplirla externamente. En repetidas ocasiones los profetas rechazan, en nombre de Dios, los sacrificios y holocaustos externos, porque no proceden de la sinceridad del corazón.

El Señor no quiere que cumplamos con la ley, considerándolo a El como un policía implacable. El acepta a quien lo acepta en su corazón y procede en consecuencia. La convicción personal es básica dentro de la moral cristiana y en esto precisamente se distingue el cristianismo de otras religiones sectas o filosofías. Un creyente cristiano debe ser consciente de que no pertenece a una organización donde el cumplir taxativamente con el deber es exigencia primaria. Su convencimiento debe llevarlo a saber que ser cristiano es vivir de una manera concreta las actividades intra-

mundanas. Es saber que su fe le compromete vitalmente para esta y la otra vida. De esa manera evitará toda concepción puramente legal y casuística de la ley de Dios.

Es conveniente recordar las palabras del profeta Oseas: *“Porque yo quiero amor y no sacrificio, conocimiento de Dios más que holocaustos”* (Os 6, 4).

Los fariseos habían convertido sus obligaciones vitales en “rituales”. Para ellos la perfección suma consistía en cumplir con un conjunto de normas minuciosas, tales como no comer carne de cerdo, purificarse antes de las comidas. Pero, en su vida práctica, se mostraban engreidos y superiores a los demás. No eran capaces de amar y estimar más que a los de su propia raza y clase social. Los otros no eran “hombres” para ellos.

Esta actitud interior de insinceridad y de hipocresía es la que rechaza Cristo. Por eso les llama “raza de víboras” y “sepulcros blanqueados”, que por fuera parecen todos inmaculados, pero por dentro contienen la misma podredumbre que los de los pobres. Lo que sale de dentro, la maldad cometida a conciencia, eso es lo que realmente desagrada al Señor.

Mateo era un publicano, cobrador de impuestos. Un hombre pecador a los ojos de los fariseos. Sin embargo, fue elegido por Cristo como Apóstol y él respondió con generosidad porque, en el fondo, era un hombre sincero. Jesús comió en casa de Zaqueo, considerado también como pecador público, y logró cambiar su vida, porque en su interior también era un “hombre recto”. Sin embargo, entre los fariseos sus buenas obras, lejos de levantar sentimientos de solidaridad, suscitaban las envidias, los celos, la difamación y la calumnia. La maldad de su corazón no les permitía aceptar lo bueno de los demás, si es que no eran de su misma calaña. No aceptan a Cristo y prefieren seguir esclavos de sus leyes rituales, porque ellas les dan seguridad y rienda suelta después para adular en su corazón. Esta es la actitud que no aprueba Dios porque no es el fruto de la honestidad, sino de la malicia más refinada.

San Juan nos dice que “*al atardecer de la vida seremos examinados en el amor*”. No serán las leyes las que tenga el Señor en la mano para probar nuestra bondad o inocencia, sino la actitud que hayamos observado para con el El y para con el prójimo, actitud de egoísmo o de amor y entrega sincera.

A través del amor se demuestra si nuestro corazón es, en verdad, sincero. El que no es capaz de amar a los otros (aceptándoles como son, olvidándose de sus defectos y solidarizándose con ellos), tampoco podrá amarse a sí mismo rectamente. No hará otra cosa que ser esclavo de sus propias ambiciones.

Los negocios pueden funcionar perfectamente si son regulados por leyes aptas, pero otras empresas necesitan algo más que leyes para rendir al máximo. Un matrimonio no durará mucho (es más, indica que ya no existe en verdad) cuando uno de los esposos, o ambos, se ven precisados a acudir al código o al derecho para dirimir sus obligaciones y recompensas. Cuando ya no hay amor, hace su entrada la ley. Un hijo no querrá a sus padres por el simple hecho de que estos le paguen los estudios. Para sentirse hijo suyo necesita, probar que le quieren mediante hechos concretos de abnegación y cariño, y no tan sólo cubriendo sus necesidades materiales. Ninguna empresa *humana* funciona bien sin amor.

Cristo sabía perfectamente esto y por eso quiere que su evangelio sea, ante todo, una “ley de amor” y no un conjunto de mandatos fríos que hay que cumplir rutinariamente. El quiere purificar, sanear el corazón humano, porque no ignora que quien “ama de corazón” jamás traicionará o hará daño, al menos conscientemente. El cristianismo es una doctrina que únicamente será comprendida a la luz del amor, porque Dios es amor y el que ama permanece en el Señor.

No tenemos que hacer muchos esfuerzos para comprender que muchos cristianos proceden en todo como verdaderos fariseos, cumpliendo externamente con sus deberes religiosos, pero pensando en su interior de manera muy dis-

tinta a como le exigen su fe y su adhesión a Cristo. Los hay que se escandalizan incluso de que otros falten al cumplimiento de ciertos ritos, y de que se dejen persuadir por nuevas ideas y actitudes, siendo así que ellos no creen realmente en nada ni en nadie. Son hipócritas como los fariseos, como todos los que no han aceptado a Dios por amor. No olvidemos el refrán: “De la abundancia del corazón, habla la boca”.

Seamos sinceros en cuanto hagamos o pensemos. De ese modo el Señor se compadecerá de nuestras debilidades y evitaremos el mal que corroe. Porque no es perverso lo que hacemos inconscientemente o sin advertencia, sino lo que sale planeado como mal del corazón.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Obro siempre por convicción o por conveniencia?
- ¿Juzgo las faltas de los demás, sin tener en cuenta los motivos por los que obran así?
- ¿Soy esclavo de la ley o del amor?
- ¿Qué pensamientos abundan comúnmente en mi corazón?

## 21. ¿Quién es Cristo para mí?

*“Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, hizo Jesús esta pregunta a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que es el hijo del hombre? Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas, le contestaron. Y añadió El: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mt 16, ss).*

Jesús no fue un hombre como los demás. Teniendo nuestra propia naturaleza (debido a la cual sufría, sentía, amaba, pensaba...), conservó también su divinidad (por obra de la cual evitaba el mal, pensaba siempre el bien, obraba correctamente en todo...). Por eso pregunta a sus discípulos que le digan quién es El. Ya sabían que era el hijo de María y José, nacido en Belén y criado en Nazareth.. Pero Cristo les preguntaba algo más sobre su personalidad. Quería saber si lo aceptaban también como Mesías e Hijo de Dios. No le interesaba que sus discípulos lo siguiesen por su empuje y capacidad de líder. Los judíos, en general, lo tenían por un hombre excepcional, por un profeta incomprendible, cargado de poderes sobrehumanos, con el cual había que acabar porque lo que proponía daba al traste con sus intereses de raza.

Cristo desea que sus discípulos crean en El como Hijo de Dios, que lo acepten como enviado de Dios, como Mesías prometido desde antiguo y anunciado por los profetas, como cumplidor de todas las profecías del A.T. Sabía perfectamente que mientras sus apóstoles no lo aceptasen como Salvador, jamás tendría su fidelidad asegurada, y no serían los pilares indicados para continuar su obra en la historia.

De hecho vemos en el mismo Evangelio que los discípulos llegaron a dudar de la personalidad divina de Jesús in-

cluso en el instante mismo de su Pasión y Muerte, cuando buscan un refugio por miedo al fracaso y a las iras de los judíos. Tan sólo la presencia de Cristo resucitado fortalece su fe y los hace salir al mundo con valentía para predicar la Palabra.

La aplicación realmente decisiva que nosotros debemos sacar de esta pregunta que Cristo hace a sus discípulos (“*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*”) es interrogarnos con gran sinceridad: ¿Quién es Cristo para mí? ¿Es simplemente un personaje del que he oído hablar favorablemente y he aceptado sin protestar? ¿Soy cristiano porque me bautizaron? ¿Doy por supuesto que tengo fe?

Ser cristiano es, ante todo, creer en Cristo, aceptarlo como Camino y Verdad en mi vida e imitar su trayectoria de entrega a Dios y a sus hermanos los hombres. Creer en su persona, en su misión, en su plena actualidad, en su actuación dentro de la comunidad cristiana, en su presencia en mi vida concreta.

Desgraciadamente, la mayor parte de los bautizados se dicen “creyentes” porque asisten a la iglesia de vez en cuando, sobre todo en épocas señaladas (bautizos, bodas, entierros, semana santa...), o porque rezan alguna oración al santo de su devoción. Otros creen ser poco menos que perfectos porque rezan mucho y cumplen con sus deberes estrictamente. Ninguno es en verdad cristiano si no acepta a Cristo como Dios y guía de su vida. Las manifestaciones externas de la fe tienen sentido únicamente si se hacen como lógica consecuencia de la fe interior, y los rezos frecuentes significan algo más que simples palabras vanas cuando tratan de acercarnos a Cristo y al prójimo.

Una fe basada en la persona y la obra de Jesús será siempre una fe segura y firme. La duda, la frialdad, la indiferencia religiosa, tienen su explicación en que la fe se ha basado en hechos, ideas o personas cristianas, pero no en Cristo. Nunca debemos dar por supuesto que tenemos fe. Ni creernos cristianos porque nos han bautizado. Se es cristiano cuando personalmente se enfrenta uno a Cristo para aceptarlo o marginarlo de nuestras vidas.

No debemos escuchar la palabra de Jesús como la de cualquier filósofo, ni leer el evangelio como si se tratase de un programa estupendo para organizar la sociedad. Si aceptamos su palabra y su evangelio es como consecuencia necesaria de haberlo aceptado a El en nuestro corazón.

Muchos hombres saben la Biblia de memoria y prácticamente han gastado toda su vida en estudiar la persona de Jesús dentro de la historia. Pero no creen en El como Hijo de Dios, sino como simple personaje humano. Esto no sería correcto en un cristiano bautizado, quien ha de profundizar su fe hasta el punto de cifrarla plenamente en Jesús: Dios-con-nosotros, nuestro Salvador, que nos comunica su misma vida.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Considero a Cristo como Alguien que vive dentro de mí y que da sentido a todos mis actos?
- ¿Soy creyente por costumbre o tradición tan sólo?
- ¿Cumplo con mis deberes religiosos porque así me lo han enseñado?
- ¿Quién es Cristo para mí?

## 22. Pedro es escogido

*“Tomando Pedro la palabra, exclamó: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Jesús le respondió: Bienaventurado eres tú, Simón, hijo de Jonás, porque esta revelación no te ha venido de ninguna criatura humana, sino de mi Padre Celestial. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la muerte no podrá contra ella” (Mt 16, 16 ss).*

Es curioso ver cómo esta profesión de Pedro en San Mateo es un acto de fe en su divinidad, mientras que en Marcos y Lucas, Pedro simplemente confiesa el mesianismo de Jesús. En todos ellos, sin embargo, Jesús se fija en Pedro para hacerlo “príncipe de los apóstoles” y sucesor suyo. Mateo nos cuenta cómo Jesús le cambia el nombre (de Simón a Pedro) y le dice que ha sido elegido para fundar sobre él la Iglesia.

Según la tradición bíblica, el cambio de nombre va acompañado de una nueva función que ha de realizar la persona afectada. Llamar Pedro (piedra) a Simón significa ponerlo como fundamento de algo que se quiere edificar. Pedro guiará a la Iglesia y nada podrá contra ella el mal.

A David y Abraham Dios les pidió pruebas excepcionales de fe, pero una vez que constató su firmeza en la misma, los premió, comprometiéndose con ellos y con sus seguidores. De la misma manera, Pedro es premiado por su fe en la divinidad de Jesús, siendo nombrado guía de la Iglesia fundada por el Redentor, con poderes plenos para transmitir esa autoridad a sus sucesores y ejercerla personalmente durante su vida.

Cristo sabía muy bien que su Iglesia, presidida por El desde el Padre, necesitaba una cabeza “visible” que la regentara en nombre suyo y que fuera a la vez símbolo de la unidad universal de los bautizados.

Nosotros somos plenamente conscientes de que el Papa (sucesor de San Pedro) es un hombre limitado, pero escogido por Dios para “apacentar” a su Iglesia. Cristo nos ha dado una prueba excepcional de confianza al decir que lo que los apóstoles y sus sucesores atasen en la tierra quedaría atado en el cielo. No quiere desentenderse de lo que ellos decidan. De hecho, y aún a pesar de haber contado la Iglesia con papas realmente indignos del cargo que les fue conferido, siempre ha salido triunfante y purificada de las pruebas. Y quienes han negado el primado del Papa, como sucesor de Pedro, han terminado fuera de la Iglesia y en medio de la inseguridad de la misma fe.

El papel de Pedro y de todos sus sucesores será siempre llevar a feliz término el mandato de Cristo de extender la Iglesia y velar para que se cumpla su Mensaje, adaptándolo convenientemente a las diversas épocas y culturas. Pedro recibe las llaves (símbolo de poder) del Reino de los cielos para que vele por la salud espiritual de la Iglesia y haga las veces de Cristo entre sus hermanos bautizados.

No debemos olvidar que por el bautismo somos incorporados a la Iglesia y, por lo tanto, aceptamos al Papa como sucesor de Pedro. Un católico íntegro tendrá muy presentes en su vida las orientaciones del Papa, ya que son las líneas que el mismo Cristo confirma para actuar como Iglesia en medio del mundo.

El Papa, en medio de sus fallos como ser humano, es escogido entre los sacerdotes más dignos, y su misión es tratar de descubrir la voluntad del Señor en cada momento de la historia. Para ello suele asesorarse de peritos y de todos los obispos del mundo. Cuando habla para el pueblo cristiano es porque piensa que es su deber hacerlo y expresar la voluntad de Dios.

No debemos olvidar que para un católico no sólomente hay un Evangelio y una Escritura, sino también una Iglesia continuadora de la obra de Cristo, en quien El depositó toda su doctrina y a quien en cierto modo sometió sus juicios. La Iglesia, por lo tanto, exploya y aplica convenientemente la doctrina de Jesús. Por eso todo católico, además de tener la Biblia como norma fundamental de su vida, atiende a las explicaciones y orientaciones de la Iglesia como provenientes del mismo Cristo.

Es cierto que el papado ha dejado mucho que desear a lo largo de la historia. En contra de la voluntad de Dios se metieron en la elección del Papa las pasiones humanas y los resultados fueron bien poco edificantes. Aún así el Señor ha seguido protegiendo a su Iglesia. . . Los católicos más sutiles desapruaban el boato de que se ha revestido el Vaticano, sede del Papa, y la mitización de la figura Papal. Es deseable que acabe pronto todo signo externo poco acorde con la pobreza de Cristo que confió más en la riqueza del corazón que en el poder del dinero o las armas. Para corregir estas deficiencias humanas adherentes al papado no son necesarias las críticas despiadadas, la desobediencia infantil o la contestación necia. El diálogo, la exposición clara del pensamiento, el cuestionamiento respetuoso, pueden hacer un buen papel en la purificación de la jerarquía eclesiástica.

En medio de todo, debemos pensar que si Cristo tolera estas deficiencias en su Iglesia, es porque es consciente de las limitaciones de las personas que la guían. Y si El lo hace, no tenemos nosotros derecho a mostrarnos implacables.

Sintámonos miembros de una misma Iglesia que camina al encuentro del Señor y veamos en el Papa al representante de Cristo, dotado por El de facultades extraordinarias en el pastoreo de su rebaño.

## PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

— ¿Significa algo el Papa en mi vida cristiana?

- ¿Soy consciente de mi catolicidad, es decir, de que pertenezco a una comunidad visible, presidida por un único Pastor?
- ¿Soy de los que critican a las autoridades eclesíásticas en vez de colaborar con ellas para el mejoramiento de la Iglesia?
- ¿Hemos valorado suficientemente el gesto de confianza de Cristo al entregar su mensaje a un hombre limitado como Pedro?

## 23. Cristo se transfiguró

*“Seis días después Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó a un cerro alto, lejos de todo. En presencia de ellos Jesús cambió de aspecto: su cara brillaba como el sol y su ropa se puso resplandeciente como la luz. En ese momento se le aparecieron Moisés y Elías y hablaban con Jesús” (Mt 17, 1 ss.).*

Esta escena tuvo lugar durante la fiesta de los Tabernáculos, que era la más externamente alegre de todas las celebraciones judías. Tiene lugar, así mismo, poco tiempo después de que Pedro hiciese su profesión de fe en Jesús, como Hijo de Dios y como Mesías.

Cristo escoge a sus tres discípulos predilectos, aquellos que con el correr del tiempo desempeñarían un papel primordial en su Iglesia. Y los lleva al monte, no tanto para hacer alarde ante ellos de su divinidad, cuanto para arraigar en sus corazones la fe. Ellos se habían “acostumbrado” a Cristo. Lo consideraban su líder y daban por supuesto que estaban a sus órdenes para acompañarlo incluso a la muerte. Pero no era así. Las pruebas más elementales darían al traste con su fe presupuesta. Por eso, Cristo quiere fortalecerlos. Sabe que sin fe, con tan sólo un exaltado entusiasmo anímico, no le sirven. Deben creer en El, aceptar su mesianidad y su divinidad. Sólo entonces serán capaces de afrontar el dolor, la enfermedad y la muerte por defender su causa. Aceptar a Cristo como venido del Padre e Hijo de Dios significa darle un sentido pleno, no sólo a la vida presente, sino también a la futura. El Espíritu del Señor repite a Pedro, Santiago y Juan las mismas palabras que había pronunciado en el Bautismo de Jesús. “Este es mi hijo

muy amado en quien he puesto todas mis complacencias". La presencia de Elías y Moisés, representantes de la ley y los profetas, confirman la mesianidad de Jesús, el esperado de las naciones.

Pedro, Santiago y Juan no quieren bajar del monte. Han encontrado allí el sentido de sus vidas al conocer a Jesús como Hijo de Dios. Por eso quieren evitar el contacto con el mundo para rehuir la persecución y el peligro de volver a contaminarse con los negocios de cada día. Pero Jesús rechaza esta tentación, esta huida, este miedo a la vida. Han de bajar, más firmemente persuadidos de su misión, al mundo y allí prepararse para cumplir todo lo que falta. Cristo ha de padecer y morir. Ellos no acaban de entenderlo, pero tendrán que aceptarlo con el paso del tiempo.

Los tres bajan del monte convencidos de que Jesús no es un líder simplemente social e israelita, sino el Hijo de Dios encarnado, anunciado en el Antiguo Testamento. De ese modo se sienten llenos, satisfechos de seguirle y, consiguientemente, dispuestos a dar testimonio del Señor entre sus hermanos. Ya no le seguirán como si se tratase de un buen amigo, de un hombre excepcional que piensa y obra extrañamente. Sabrán entender muchos de los misterios por los que ha de pasar, sobre todos los de su Pasión, Muerte y Resurrección. Su fe ya no descansa en la personalidad psicológica de Jesús, llamativa y clarividente, sino en la Persona del Cristo enviado por el Padre y Dios como El.

Es curioso ver cómo a lo largo del Nuevo Testamento Cristo se manifiesta en todo su esplendor (divino y humano) a sus apóstoles y no a las grandes concentraciones. El conoce la fácil propensión de las masas, al fanatismo, capaces de cambiar todo en un instante, pero también inclinados al desánimo y al olvido. Por eso, quiere llegar a sus discípulos, confirmar su fe, convencerlos de su misión y de su divinidad. Ellos, así pertrechados espiritualmente, serán capaces de exponer a las masas gradualmente el "secreto mesiánico".

Es importante para todos los que nos consideramos creyentes estar convencidos de la divinidad de Jesús, y no dar

ya por supuesto que la admitimos. Es decir, es imprescindible renovar cada día nuestra adhesión a Cristo como Hijo de Dios, enviado a los hombres para dar razón de la vida y de la muerte. Si no tenemos esta fe personal, de contacto directo, es fácil que nos “acostumbremos” también a decir que creemos en Cristo porque no tenemos nada en contra de El. Más aún, sin esta relación estrecha y afectiva a la Persona de Jesús, podemos convertir nuestra pertenencia al cristianismo en una especie de vinculación conveniente a una comunidad cuyo programa de vida desconocemos y de cuyas obligaciones no nos sentimos persuadidos. Por eso debemos “confirmar” nuestra fe continuamente. Hemos de aceptar la Persona y la Obra de Cristo como realidades que afectan mi vida personal y social, y la transforman por la vida que me comunica y el compromiso que me impone.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Qué pensamos nosotros de la Transfiguración de Cristo?
- ¿Se modificarán nuestras vidas y tareas, después de revivir con Pedro, Santiago y Juan, la mesianidad y divinidad de Jesús?
- Mi fe en Jesús, ¿está mediatizada? ¿Es una fe personal y comunitaria?
- ¿Me siento relacionado afectivamente con Jesús de Nazareth?

## 24. ¿Pagar impuestos al Templo?

*“Luego que llegaron a Cafarnaún, se presentaron a Pedro los que iban cobrando la didracma anual y le preguntaron: ¿Vuestro maestro no paga la didracma?” (Mt 17, 24).*

San Mateo es el único que nos dice cómo Cristo se sometió al cumplimiento de las leyes judías, haciendo hincapié en la posición siempre privilegiada de Pedro. Los que cobran el impuesto ignoran que Cristo es el Hijo de Dios, por eso se dirigen a El como a cualquier ciudadano deseoso de cumplir con sus obligaciones de culto y para el culto. Cristo, por otra parte, sabe que el templo judío ya no tiene sentido, toda vez que El es el verdadero Templo de Dios. De todas formas acata la ley y así evita escándalos y malos ejemplos. Sabía que la sinagoga era la casa de todos los judíos, el lugar donde se conocían las Escrituras y donde se adoraba al Señor, mediante ritos y sacrificios. Pero había también que los verdaderos adoradores han de entregarse personalmente al Señor y no suplir esta consagración individual por inmoluciones de animales o el ofrecimiento de limosnas.

Para Cristo era bueno el tributo que había que pagar al templo, pero no debía ser, en ningún caso, motivo para sentirse liberado de todo compromiso con el Señor. Es decir, la limosna era conveniente, pero debía ser ofrecida como una prolongación de la fe en el Señor y la confianza en la comunidad, nunca como un descargo de conciencia. Dios acepta los dones materiales que tienen como finalidad construir y embellecer los templos, o alimentar a los sacerdotes del culto, pero no justifica solamente por ellos a quienes los ofrecen.

Esta actitud de Jesús debe convencernos de que:

- todos, como miembros de una misma Iglesia fundada por Cristo, debemos colaborar con nuestras aportaciones para que sea conocida y se extienda por todo el mundo;
- los ministros que se dedican a tiempo completo al servicio de los fieles, han de ver cubiertas por ellos sus necesidades elementales, a fin de que puedan dedicarse, sin preocupaciones temporales, al ministerio que les fue confiado
- la ofrenda material (sea dinero u otra especie) debe ser espontánea, como consecuencia de nuestra pertenencia consciente a la Iglesia, y nunca una manera de tranquilizar la conciencia o exigir favores al Señor.

Desgraciadamente los fieles no están preparados, en la mayoría de los países, para colaborar con el mantenimiento del culto y sus ministros, viéndose estos obligados a otros métodos a veces humillantes. En algunas naciones se sigue “cobrando” este impuesto, que los fieles entregan gustosos. En tal caso los sacerdotes trabajan con ahínco y evitan todo sentido de comercialización de los sacramentos.

Deberíamos ser conscientes de que nuestra pertenencia a la Iglesia no sólo nos obliga a cumplir con ciertas disposiciones morales y culturales, sino también a solidarizarnos con nuestros sacerdotes, para que, dedicándose por entero a nuestro servicio, puedan encontrar cubiertas sus necesidades materiales.

El dinero que ofrecemos al templo y a sus ministros no está destinado, como el pagado al estado en concepto de impuestos, a fortalecer el poder o la ley, sino a incrementar el número de los creyentes, a mantener el decoro en los templos y a dar de comer a los más necesitados. El hecho de que en algunos casos concretos no se le dé este uso, no nos releva a los creyentes de seguir colaborando desinteresadamente. Es justo que todos los que hemos sido favorecidos por el Señor con los bienes de la tierra y la salud

para hacerlos producir y disfrutarlos, sentimos también la obligación de solidarizarnos con las necesidades de la casa de Dios y del mundo de los más pobres, de los enfermos y de los que nadie aprecia.

Cristo trató muy duramente a los ricos que, pavoneándose de sus posesiones, vivían a sus anchas y sin complicaciones económicas, mientras que muchos de sus vecinos morían de hambre o pasaban cualquier tipo de necesidades. La obligación cristiana del que tiene es compartir, ya que Dios lo hizo todo para todos, siempre que cada uno sea responsable y trabaje para el bien común. La limosna que hagamos nunca debe ser una descarga de conciencia, sino una manera (cristiana) de compartir con los demás y de ayudar, sin condiciones, a la Iglesia y a sus ministros.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Colaboro con gusto y generosamente con las necesidades del templo y sus ministros?
- ¿Eres de los que critican despiadadamente a estos últimos sin entrar en consideraciones formales sobre su situación y sus detalles?
- ¿Eres un capitalista de la fe, que no se siente obligado en conciencia a trabajar y a colaborar para que otros lleguen al conocimiento de la Verdad?
- ¿En qué forma ayudas tú a la Iglesia?

## 25. Hermanos en la fe

*“Si tu hermano comete un pecado, ve y corrígele a solas. Si te hace caso habrás ganado a tu hermano para Dios. Si no te hace caso, toma contigo una o dos personas, para que todo el asunto sea reconocido por dos o tres testigos” (Mt 18, 15).*

La ley se había convertido para los judíos más sinceros en pesada y opresora. Al fijarse en los actos externos tan sólo, había sobrecargado la conciencia de los fieles, y había dado paso a la hipocresía. Jesús se empeñó en decir que su Evangelio no era una ley o una letra que había que cumplir a rajatabla, sino un espíritu, una forma de vida, una actitud que había que adoptar por convencimiento propio.

“Ciertamente, ha escrito Evely, Jesús quiere que el que escucha su palabra, la ponga en práctica; pero no es un moralista, sino algo mucho más que eso: la presencia y el perdón de Dios concedido a los hombres. El no nos impone una nueva ley, sino que descubre solamente un conjunto de actitudes que son el resultado del don de Dios, del entusiasmo por el perdón recibido, del deslumbramiento de su revelación, de la admiración por la presencia del Señor”.

De esa manera el que acepta a Cristo como Hijo de Dios, ya no se siente obligado por la ley a cumplir sus obligaciones religiosas, sino convencido de que darles cabida en la propia existencia es lo más conveniente. Es decir, no obra por obligación o miedo, sino por persuasión. El yugo de Jesús es muy exigente, pero se hace liviano cuando se le acepta con amor.

El párrafo de San Mateo que estamos comentando inaugura una nueva era en las relaciones con el prójimo. No se

trata ya de enjuiciarlo o condenarlo por el mal que hace, sino de corregirlo para que cambie de vida. No se busca la venganza o la justicia legal, sino la comprensión y la corrección fructuosa. Esta corrección fraterna lleva consigo el trato delicado, el examen honesto de los motivos del litigio y, sobre todo, el respeto con que siempre se ha de tratar al personaje en conflicto. Si un cristiano pleitea no debe ser por el deseo de buscar camorra o defender tan sólo la propia honrilla, sino por un bien mejor, cual es el esclarecimiento de la verdad y la superación del culpable.

Cristo mismo declaró repetidamente que El no había venido a condenar, sino a salvar. Y, de hecho, vemos cómo alternó cordialmente con pecadores públicos (Zaqueo, Magdalena, el mismo Mateo. . . ), para convencerles de que debían nacer de nuevo, cambiar de vida, hacer el bien y evitar el mal.

Los frutos que logró Jesús de esta actitud fueron realmente sorprendentes. Zaqueo no sólo no le expulsó de su casa como atrevido, sino que, reconociendo sus deficiencias, prometió devolver lo robado con intereses extraordinariamente beneficiosos para los perjudicados. María Magdalena, al sentirse aceptada y respetada en su dignidad por Jesús, cuando todos la habían condenado y rechazado, no sólo deja el género de vida que practicaba, sino que a partir de entonces se convierte en estrecha colaboradora del Maestro y sus discípulos.

Saber perdonar a los otros y, sobre todo, saber dispensar el perdón con afecto es siempre exitoso. El cristiano sabe perfectamente que la indignación y la violencia no hacen otra cosa que sembrar más indignación y más violencia. Por eso su forma de llamar la atención e incluso “citar” a quienes le perjudican no es la de la fuerza, sino la de la justicia serena y clarificadora.

La serenidad, la calma, desarman y convencen más fácilmente que la ira, y el castigo inmisericorde. Por eso Jesús, en estos versículos de Mateo, sugiere corregir, incluso legalmente, a quien ha obrado el mal, pero siempre con el propósito de convertir al contrincante y convencerlo de que

ha de obrar el bien, no para extraviar y perder al que “enjuicia”. Por eso manda hacer uso, si lo requieren las circunstancias, de testigos bondadosos para que todo se haga a la luz del día y no con trampas o malas inclinaciones.

La corrección fraterna es un método que aparece a lo largo de todo el evangelio, como el modo más cristiano de relacionarse con el cristiano o prójimo que ha pecado. Sin embargo, no es el sistema seguido por los gobiernos de la tierra que confían plenamente en las leyes, los artículos y los tribunales. Ni es tampoco el espíritu de muchos cristianos que siguen practicando la ley judía de “devolver el mal por mal”. Muchos se alegran incluso del hundimiento de los demás y de que los malvados sean castigados sin otra finalidad que verlos sufrir. Este no es, ciertamente, el espíritu de Jesús que quiere la justicia, pero no la venganza o la violencia injustificada.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Corriges a los demás con el deseo de que sufran y se empecinen en el mal?
- ¿Sabes dialogar con el que ha pecado para que se anime a salir de su situación?
- ¿Cómo reaccionas ante las ofensas recibidas?
- ¿Sabes condenar el pecado y perdonar al pecador?

## 26. Perdonar... ese es el secreto

*“Entonces se llegó Pedro a él para preguntarle: Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano, si es que me ofende? ¿Hasta siete veces acaso? Jesús le respondió: Yo te digo: no hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18, 21).*

Es muy propio del ser humano guardar rencor a quien le ha ofendido o faltado en algo. Y aun cuando llegue a perdonar siempre quedará en su mente el recuerdo de las malas acciones. Pedro, buen representante del hombre apresurado, pregunta a Cristo cuántas veces ha de perdonar, como indicando que en este asunto la paciencia humana tiene un límite.

Cristo se muestra absolutamente generoso con los pecadores porque es consciente de que:

- el ser humano será defectuoso hasta la muerte;
- el cristiano debe estar siempre en camino de perfección, pero nunca será absolutamente perfecto mientras viva. Santo en verdad sólo es Dios.

Jesús es más generoso aquí que los mismos hombres. Y desgraciadamente sigue siendo así. Muchos teólogos y moralistas, y muchos confesores también, son más exigentes con los que caen que el Señor.

El perdón debe ser continuo e incondicional porque Dios, ofendido en todo momento por el hombre, sabe perdonar con largueza y siempre. La primera palabra de Cristo en la Cruz es perdonar a quienes le han llevado a semejan-

te humillación. Se adelanta a la petición para brindar de ese modo a sus ofensores la posibilidad de cambiar de actitud. Esta postura es, ciertamente, exigente, pero imprescindible en todo cristiano auténtico. Saber perdonar es ayudar al que ha cometido la maldad o caído en el error a examinar su estrategia, a reconsiderar su daño.

Para llegar a esta concepción del perdón es necesario aprender a renunciar al derecho de “réplica”. Dios no tiene en cuenta las ofensas que se le hacen, cuando podría con ellas hundir más al hombre en su miseria. El no quiere la condena, sino la salvación. Del mismo modo, el cristiano debe buscar, ante todo, la conversión y el cambio del perverso, para que deje de obrar el mal y aprenda a caminar por las sendas del bien. Este sentido del perdón tendrá prácticas repercusiones en la sociedad, ya que la generosidad muda las malas intenciones y corrige la acción deshonestas, mientras que la justicia aplicada a ciegas confunde más al injusto y lo inclina a desórdenes mayores.

El que guarda rencor por no saber perdonar atrae sobre sí mismo la amargura y el desasosiego. Es más, obligará a Dios a ser severo en su sentencia, ya que El mismo dijo que seríamos medidos con la misma medida con que tasáramos a los demás. Leamos detenidamente la parábola con que concluye Mateo el capítulo dieciocho y veremos cómo el que no sea capaz de perdonar a los demás, no tendrá derecho a ser un día perdonado él por Dios.

Sucedió prácticamente ayer. Un hombre había sido acusado de un delito grave que jamás había cometido. Precisamente el culpable era su acusador. El reo inocente tenía pruebas para demostrar su inocencia y para hundir al acusador. Sin embargo, y en virtud de su fe cristiana, exhibió las que lo demostraban inocente y se calló las que podían acabar con la libertad del otro. Al poco tiempo, el verdadero culpable se vio obligado a confesar, por remordimientos de conciencia, su propia culpabilidad.

El Padrenuestro dice: “Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. En esta ora-

ción compuesta por Jesús vemos cómo perdonar a los demás es condición indispensable para que Dios no perdona a nosotros.

Examinemos nuestra realidad familiar, social, política y profesional. No brilla en ella el sentido cristiano del perdón. Hay entre nosotros:

- hombres dominados y sometidos por otros hombres;
- naciones que esclavizan a otros países y desprecian a sus moradores;
- padres e hijos, hermanos y hermanas, reñidos, disgustados, incapaces de hablarse;
- situaciones de injusticia y oprobio fomentadas por unos pocos contra las mayorías marginadas.

Deberíamos saber que somos simples administradores de los dones que Dios nos confió de la misma manera que El fue generoso al enriquecernos, así deberíamos nosotros saber perdonar, comprender y ayudar a los demás.

Perdonar exige salir de uno mismo, vencer muchos obstáculos, principalmente el orgullo. Pero es la acción más claramente cristiana que podemos llevar a efecto. Porque tener el hábito de saber perdonar es dar a entender que hemos llegado a una situación de verdadera justicia interior y de una gran riqueza espiritual.

Y si nos cuesta perdonar, recordemos que también los otros se ven precisados a perdonarnos muy frecuentemente.

## PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Me cuesta aceptar la sentencia del Señor de perdonar siempre?
- ¿He meditado sobre lo que significan las palabras del Padrenuestro de perdonar para ser perdonados?

- ¿Guardo rencor, odio o desprecio a personas o instituciones?
- ¿Pido a Dios que me enseñe a perdonar como El lo hizo desde la Cruz?

## 27. Matrimonio y celibato

*“No todos comprenden este lenguaje, sino solamente los que reciben este don. Hay hombres que nacen incapacitados para casarse. Hay otros que fueron mutilados por los hombres. Hay otros que por amor al Reino de los cielos han descartado la posibilidad de casarse. ¡Entienda el que pueda!” (Mt 19, 10 ss.).*

En el capítulo quinto de San Mateo Jesús atribuye al hombre y a la mujer iguales derechos. Así lo quiso Dios al comienzo (Gén 2, 24). La ley de los judíos, hecha por hombres, ponía en desventaja a la mujer. Se le podía conceder el divorcio al varón simplemente por motivos de comodidad. De esa forma la mujer quedaba al desamparo.

A los judíos les parecía imposible ser fieles porque no consideraban el matrimonio como medio de santificación, sino de simple procreación. Y es muy cierto que un matrimonio no puede subsistir sin espíritu de comprensión, ayuda y diálogo. Ninguna ley puede ser cumplida con exactitud sin este espíritu.

El cristianismo condena el divorcio. Dios, desde el principio, deseó que hombre y mujer fuesen una “sola persona”. Si Moisés permitió el divorcio fue para evitar un mal mayor, como era el “derecho” que en la práctica tenía todo hombre de “acabar” con su mujer si la sorprendía en falta o simplemente sospechaba de su conducta.

El que contrae matrimonio cristiano por amor y con fe no debe pedir posteriormente el divorcio como solución

a los conflictos. Si las cosas no funcionan entre la pareja no parece la salida más inteligente y eficaz el divorcio. Tendrán que reconocer primero la parte de culpa que les corresponde y reexaminar sinceramente sus posiciones. El matrimonio cristiano concede a los esposos "gracias" para enfrentar con serenidad los momentos de prueba. Preciso es decir que, exceptuados algunos casos de verdadera incompatibilidad, la mayoría de los matrimonios que se plantean el problema del divorcio fallan en aspectos fundamentales: Lo que se ha de corregir no es el matrimonio como estado, sino la forma y manera como se recibe y se practica.

El mismo Cristo advierte que hay quien está incapacitado para contraer matrimonio. Y no sólo se refiere a quienes biológicamente no pueden ser padres o madres y relacionarse físicamente con el otro. Alude también a quienes, debido a su egoísmo o a su incapacidad para entregarse y compartir, a su absoluta falta de madurez, no deben embarcarse en el matrimonio, por ser esta una empresa que exige total donación y sacrificio.

El matrimonio es algo bueno, ya que fue instituido por el mismo Dios como forma de complementarse hombre y mujer y como manera apta para prolongar la especie humana. La familia, iniciada en el matrimonio, es la pieza clave para que funcione la sociedad y se realice la Iglesia. Es un estado al que pueden acceder quienes se sientan capacitados para ello. A través de la vida familiar y matrimonial deben santificarse los esposos y "realizarse" los hijos.

Pero si tiene sentido el matrimonio, también la tiene la soltería aceptada por un motivo sublime o una necesidad existencial. Y lo tiene, con mayor razón, el celibato adoptado libremente por el Reino de los cielos. Esta última es una forma de vida grata a Dios y útil a la Iglesia para la cual no están todos dotados.

Nadie es capaz de vivir una vida matrimonial perfecta sin la ayuda de la gracia y sin atribuirle a tal estado la dignidad que posee. Tampoco se comprende la virginidad si no se la

considera como un ideal cristiano. En el A.T. ser vírgen, quedarse soltero, era una humillación, salvo en contadísimos casos. Tan sólo Cristo revaloriza y dignifica esta "manera" de vivir. El mismo fue célibe y, de alguna manera, exigió a sus discípulos que lo fueran también.

Ser esposo a esposa no sólomente le da al ser humano (hombre o mujer) la posibilidad de desahogarse físicamente, sino también la ocasión de realizarse con la ayuda del otro cónyuge y de los hijos. El permanecer célibe no debe ser tomado como una forma de evadir la responsabilidad familiar, sino como medio apto para santificarse y entregarse con mayor razón al servicio de la Iglesia. Uno es célibe, no por falta de amor, sino por exceso de él.

Del mismo modo que nadie debería contraer matrimonio a la fuerza o como condición para adquirir ciertos derechos, así también nadie debería ser célibe para acceder a otras dignidades o servicios. Tanto el matrimonio como el celibato deben ser aceptados libremente por quienes se sienten capacitados para ser fieles de por vida a ellos.

No es más perfecto el célibe que el casado, ni viceversa. Cada uno de ellos debe cumplir dignamente con las exigencias de su vocación y santificarse en el estado a que ha sido llamado. La corona de gloria que a cada uno se le otorgará un día está en las manos de Dios. Lo que a nosotros nos toca es apreciar grandemente ambos estados y decidirnos por aquél que más nos llene y nos satisfaga.

## PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Soy consciente de lo que significa la vida matrimonial?
- ¿Aprecio el sentido cristiano del celibato?
- ¿Me santifico a través del estado de vida que he abrazado?
- ¿Sé que el amor cristiano exige sacrificios, donación y diálogo?

## 28. ¿Rico y Cristiano?

*“Si quieres ser perfecto, díjole Jesús, vende todos tus bienes, dalo todo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos. Luego sígueme. Al oír esto, el joven se retiró apresuradamente, porque era persona que poseía muchas riquezas” (Mt 19, 21).*

El joven que se le presentó a Cristo era un fiel cumplidor de la ley. Desde niño había sido buen practicante judío. Pero de ningún modo permitía que su fe cuestionase sus muchas posesiones. Quería disfrutar de las comodidades que le proporcionaban sus riquezas y de la seguridad interior que le ofrecía la fe.

No debemos olvidar que, según la concepción del A.T. la prosperidad era signo del favor de Dios. Por lo mismo aquél joven debió sentirse frustrado y confuso ante el aprecio que Cristo tenía de la pobreza. El Señor, con la valoración de la pobreza, quiere dar a entender a sus discípulos que la salvación no es obra del esfuerzo humano, sino don gratuito de Dios. El hombre colabora, se supera, pero la última palabra está siempre en manos de Dios. Claro está que Dios ayuda a quien se ayuda y ayuda a los demás.

Con el hecho del joven rico Cristo no intenta decir que la riqueza sea mala, ni la pobreza un bien. Simplemente advierte que la primera puede ser un obstáculo para entrar en el Reino de Dios y la segunda una oportunidad estupenda para dedicarse a otros intereses superiores.

La riqueza que se cuestiona aquí sería:

- la del que la goza sin haberla merecido, simplemente como fruto de ganancias ilegítimas, de explotación injusta o de robo;

- la de quien se deja sofocar por lo que posee y se incapacita para la práctica de otros valores importantes;
- la del que pone toda su confianza en los medios que tiene, dándole a lo económico el sentido de fin y no de medio;
- la de quien, apegado a ella en exceso, pierde los valores propios de una vida santa: apertura, búsqueda de la verdad, coparticipación, solidaridad, disciplina, amor a Dios y al prójimo.

La pobreza alabada no es:

- la de los que son pobres por comodidad y falta de estímulos;
- la de quienes malgastan lo que perciben por su trabajo;
- la de los que rehuyen el trabajo como una carga pesada.

Jesús aplaude la pobreza de:

- quienes se hacen pobres voluntariamente para dar mayor importancia en su vida a otros valores y actividades;
- los que aceptan la pobreza como una forma de protesta, en nombre de los pobres, contra quienes los aplastan y explotan;
- aquellos que la abrazan para mejor dedicarse al servicio del Reino de Dios.

Ni la pobreza ni la riqueza son buenas o malas en sí. Depende del uso que se haga de ellas. Dios ha creado el universo para que proporcione al hombre lo necesario para satisfacer sus necesidades. Al ser humano le ha concedido una inteligencia y una fuerza de trabajo capaces de transformar la tierra. El progreso es querido por Dios y también el bienestar, siempre que sirva de estímulo al hombre y no lo aparten de sus verdaderos fines.

Pero Dios rechaza la riqueza que es dueña del corazón del hombre y la que se tiene como fruto de la injusticia. El mundo no está a merced de unos pocos y en contra de la mayoría. Dios quiere que todos se sientan hermanos y compartan los trabajos y las satisfacciones de la vida.

El cristiano debe valorar justamente la pobreza abrazada por el Reino de Dios, y ha de justificar honestamente su riqueza si la posee. Su lucha nunca debe acabar cuando se trata de combatir toda posesión o deleite humano que lo aparte de Dios. La verdadera riqueza no reside en la hacienda, el banco o la fortuna industrial que uno posea, sino en los valores humanos cristianos que cultive.

El rico debe darle gracias a Dios por sus bienes, compartirlos justamente con los demás y no dejarse dominar por ellos. El pobre ha de luchar por salir de su estado de pobreza, mediante legítimas aspiraciones, el trabajo y el reclamo de la justicia. Y el pobre por el Reino de los cielos ha de sentirse satisfecho con el bien que hace.

## PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Soy rico? ¿Cómo uso mis riquezas?
- ¿Tengo riquezas porque otros se han empobrecido?
- ¿Soy pobre? ¿Exijo mis derechos y cumplo con mis deberes?
- ¿Tengo apegado el corazón a las cosas materiales, o valoro la pobreza evangélica que Cristo me propone?

## 29. Batalla y triunfo

*“Y un inmenso gentío iba tendiendo sus mantos por el camino, mientras otros, cortando ramas de olivo, alfombraban el paso. La muchedumbre, tanto la que iba delante como la que seguía detrás, iba dando voces: ¡Hosanna al Hijo de David!”*, (Mt, 21, 8).

El relato del “domingo de Ramos” que nos ofrece Mateo reviste características especiales:

- nos habla de una “asna y un pollino”, citando así al profeta que predijo este momento mesiánico de Cristo;
- las palabras con que el pueblo aclama a Cristo recuerdan los himnos cantados en la fiesta de los Tabernáculos;
- la actitud de Jerusalén es parecida a la del anuncio de los magos.

Jesús sube a Jerusalén con otras personas para celebrar la Pascua. Los galileos que lo ven acudir a la ciudad piensan que va a declararse mesías. Los milagros que realiza parecen indicarlo así.

Los judíos, a su vez, recibieron calurosamente a Cristo porque veían en El al libertador de Israel, pueblo sometido al imperio romano. Cristo era para quienes le aplaudían y aclamaban como rey, el líder que hacía tiempo esperaban. Pero no todos estaban convencidos de que El fuese realmente el Hijo de Dios. Tan sólo unos pocos aceptaban este hecho.

El polvorín estalló cuando poco tiempo después Jesús entró en el templo y expulsó de allí a los vendedores y mercaderes. Con ello puso de manifiesto cuál era su verdadera misión y dejó convencidos a los fariseos de que no podían contar con El para los planes que se habían fraguado.

Los que aplaudían a Jesús en Jerusalén, llegaron a escucharlo. La razón es muy sencilla: aceptaron el triunfo, pero no entendieron la derrota. Es decir, estaban de acuerdo con un Cristo triunfante y líder, pero no querían saber nada con quien se gloriaba de ser hijo de un carpintero y de convivir con los pobres y "pecadores". Creían en el Cristo capaz de sacar adelante sus intereses racistas, pero no toleraban al mesías humillado y dispuesto a dar su vida "por todos los hombres". Ellos eran la raza elegida, los verdaderos seres humanos. Los demás no estaban a su altura y no parecía lógico que Cristo se presentase también como profeta suyo.

Esta actitud del pueblo judío se repite cotidianamente en nuestra vida cristiana. Hay creyentes que aceptan a Dios cuando encuentran la forma de sacar provecho de El. Dios es para ellos el Padre que protege, guía y da salud y prosperidad. Pero no entienden el sacrificio que exige, la renuncia que pide y la coparticipación que requiere con todos los hombres.

Es fácil creer en un Dios que protege del peligro y que coarta la libertad cuando es usada peligrosamente. No es tan claro para muchos un Dios que es consecuente consigo mismo y con los seres creados, concediéndoles el don de la libertad para su buen o mal uso.

Hay quien ante Cristo adopta la misma posición que Judas. Le siguen y le aplauden cuando admite todos sus caprichos y llena sus necesidades físicas. Pero se apartan de El y le traicionan cuando santifica el dolor, la enfermedad e incluso la muerte. Entienden todo lo que se haga para incrementar y hacer deliciosa la estancia del hombre en el mundo presente. Pero no les cabe en la cabeza que haya que vivir intensamente, sí, pero con las miras puestas en "el más allá". Para ellos tiene sentido la vida y sus placeres,

pero no encuentran explicación a la muerte y la derrota como paso hacia el triunfo.

Hay quienes, como Pedro, luchan contra sus inclinaciones naturales a la molicie y las victorias fáciles, para llegar al convencimiento de que vivir para Dios y en función de los demás es el camino más agradable al Señor.

Esta fiesta del Domingo de Ramos, estas lecturas de San Mateo, este hecho glorioso y triunfante de Jesús, no debe perturbar nuestra visión integral de Cristo y su mensaje. El seguidor de Jesús ha de saber que su fe explica plenamente la vida y la muerte, el éxito y el aparente fracaso. Sólo así estará dispuesto y entrenado para andar por el mundo sin vacilar ni arredrarse ante los problemas y las dificultades.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Mi visión de la fe es únicamente triunfalista?
- ¿Acepto la Cruz de Jesús como símbolo y como medio para el triunfo definitivo?
- ¿La enfermedad y el dolor me alejan de Dios?
- ¿El éxito me lo atribuyo a mí y el fracaso a Dios?

## 30. El tributo al César

*“Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas a vivir según Dios, sin consideración a respetos humanos, ni acepción de personas. Dinos, pues, tu palabra sobre esto: ¿debemos pagar el tributo al César o no?” (Mt 22, 16).*

Es curioso ver cómo los fariseos habían llegado al colmo de la hipocresía. Por una parte, reconocen la sinceridad con que procede Cristo, enseñando cuál es la voluntad del Señor, y practicando una serie de virtudes que ellos no aprecian. Lo llaman maestro y le conceden que no admite distinción entre las personas por su hacienda, su inteligencia o su color. Pero a pesar de todo le tienden una trampa. Al preguntarle si era lícito pagar el tributo al César o no, lo introducen en un callejón sin salida. Si apoya el pago del tributo acepta también el imperialismo dominante de Roma y consiguientemente, disgustará a quienes son partidarios de la expulsión romana y la independencia. Si se niega a dar el tributo al César se verá muy pronto en las manos de quienes simpatizan con Roma y persiguen a los rebeldes.

Jesús encuentra una salida airosa y ejemplar que desconcierta a sus “tentadores”. Al mostrarle la moneda advierte que en una de las caras está la efigie del emperador y en otra la corona de laurel, símbolo de la divinidad de que estaba dotado aquél. Por eso dice: Dad al César lo que es del César (su efigie), y a Dios lo que es de Dios (el laurel), puesto que el César es un jefe humano con poder humano y no puede atribuírsele, en ningún caso, poder divino, que sólo le corresponde a Dios. Lo entendieron los judíos. Ellos eran monoteístas y juraban no adorar a otro Dios que a Yavhé. En cambio, aceptaban la divinidad del Cé-

sar. Cristo hace aquí una clara separación entre lo político y lo sobrenatural. El César no es un Dios. Dios solo hay uno y a El hay que servir. El emperador tiene la autoridad porque el pueblo se le concede y debe ejercerla para el bien común.

Los judíos quedaron consternados ante la respuesta, porque ellos defendían la existencia de un sólo Dios y, sin embargo, aceptaban (muchos de ellos al menos) la divinidad del emperador. Habían llegado a confundir lo político con lo religioso. Sus intereses de raza estaban por encima de sus sentimientos mosaicos, y usaban de la fe como medio para proteger sus privilegios y su sentido de superioridad.

Cristo ordena dar a Dios lo que le pertenece. Es decir, sugiere que:

- Dios debe ser lo más importante para el hombre, quien ha de procurar cumplir en todo su voluntad;
- no hay otros dioses y, por lo tanto, sólo al Dios verdadero hay que adorar;
- los hombres (los fariseos, en concreto), se habían fabricado muchos ídolos que suplantaban a Dios;
- la política está al servicio del hombre y no el hombre al servicio de ella. Asimismo, la política no puede pretender dar normas para la vida interior de los ciudadanos ni constituirse en un poder absoluto que, lejos de servir al pueblo, le tiraniza, haciéndole olvidar su dignidad personal y su dependencia absoluta de Dios;
- la aceptación de un ser humano como “divino” acaba con la concepción monoteísta judía y cristiana que no admite otro Dios que el Padre de los cielos;
- ningún hombre debe ser esclavo de otro hombre, ya que los dos tienen la misma dignidad y, por lo tanto ambos se deben servir mutuamente, aunque cada uno desde su campo específico.

Este pasaje del evangelio tiene muchas repercusiones prácticas para nuestra vida. También entre nosotros puede

darse el caso de estar apegados a ciertos ídolos que suplantaban a Dios. Para muchos lo único importante, el ser al que rinden culto y por el que llegan incluso a las mayores humillaciones, es el dinero. Para otros su dios es el vientre que no logran saciar nunca. Para otros es el sexo y a él tributan un culto exagerado, dejándose obsesionar por su dimensión únicamente biológica. Para otros su dios es el poder y la autoridad que luchan por conseguir, incluso usando de los medios más ilícitos, y que luego ejercen para humillar a quienes se ven sometidos a su despotismo. Para otros su ídolo es su capricho, su deseo de placer, y no son capaces de molestarse en lo más mínimo para practicar otros valores y virtudes superiores a los que les inclinan su egoísmo y su confortabilidad.

Cada uno de nosotros, si deseamos ser honestos y fielmente cristianos, debemos preguntarnos si no seremos también esclavos de alguno de estos u otros ídolos y si no usaremos de lo religioso como medio para defender intereses personales.

Preciso es decir que para una gran mayoría de cristianos la fe es una cosa y la vida de placer, de dominio, comercial, otra muy distinta. Ellos piensan y conciben a Dios como un ser bonachón, alejado de las realidades humanas que se conforma con un poco de agua bendita, con algunas oraciones insustanciales, sin darse cuenta de que lo que realmente quiere el Señor es una entrega total a El, no para ejercer un dominio ciego sobre el hombre, sino para dignificarle.

Tenemos que examinar sinceramente nuestra actitud para con el Señor. ¿Le aceptamos como único dueño de nuestra vida? Si es así tiene que aparecer en nuestros criterios, en nuestras empresas, en nuestras actividades. El Señor exige fidelidad a sus principios y ser consecuentes con la fe abrazada un día. No es El el que tiene que someterse a nosotros. Somos nosotros los que tenemos que conocer su voluntad y hacer todo lo posible por ser fieles a ella.

## PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

— ¿Me dejo guiar por dioses falsos?

- ¿Qué lugar ocupa Dios en mi vida de cada día?
- ¿De qué ídolos soy realmente esclavo?
- ¿Uso mi autoridad, mi poder, mi inteligencia o mi situación económica para humillar a los demás como el César?

## 31. Estar siempre en vela

*“Pero después que se marcharon a comprar el aceite, vino el esposo; y las que estaban prontas entraron con él a las bodas, cerrándose luego las puertas. Llegaron luego las otras jóvenes diciendo a voces: Señor, Señor, ábrenos. Pero él respondió: Os digo de veras que no sé quiénes sois. Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la Hora” (Mt 25, 10).*

Mateo reproduce un hecho muy común en el pueblo judío. Para los israelitas una boda comenzaba cuando el novio, acompañado de sus amigos, llegaba a la casa de su novia. La novia tenía por costumbre salir a su encuentro, rodeada de sus amigas más íntimas.

Es curioso ver cómo el evangelio repite el mismo simbolismo en otros pasajes. En el sermón de la montaña también se habla de un hombre necio que construye su casa sobre arena y se derrumba por falta de cimientos sólidos, y del hombre sabio que la edifica sobre roca y, por lo tanto, permanece en pie a pesar de las muchas tormentas que pueden azotarla.

En otro lugar nos habla, asimismo, del amo de casa que vela para que el ladrón no le robe y del que, descuidado, da pie para que le asalten y dismantelen.

La lección fundamental de esta parábola y de las otras comparaciones es que debemos permanecer siempre a la espera. El Señor puede venir en cualquier momento. Sería una pena que, entretenidos en miles de preocupaciones, no advirtiésemos su presencia en nuestra vida. Pudiera ser que

su paso ya no se repita y, por lo mismo, tampoco la oportunidad de encontrar en Él la salvación.

San Agustín decía: “Temo a Dios que puede pasar de largo”. El santo de Hipona era muy consciente de que el cristiano no puede desaprovechar las oportunidades de gracia que Dios le ofrece y que ha de estar siempre dispuesto a recibir la voluntad del Señor.

Se resalta en todo esto, por lo tanto, el sentido y el alcance de las esperanzas cristianas. Este “valor” evangélico tiene hoy más importancia que nunca. En un mundo como el nuestro, lleno de vicios y falto de valores, pragmático hasta el extremo, el hombre necesita recordar que, por encima de todo, está el Señor que vela por él y desea lo mejor para su vida.

Esta esperanza en Dios, en un mundo mejor, en la vida eterna, se basa en la Palabra de Jesús que prometió permanecer con sus discípulos hasta el fin del mundo, y venir de nuevo glorioso y en todo su esplendor, a la tierra. Está basada también en su Resurrección que nos ofrece la seguridad de que no todo se agota y termina en la vida presente.

Las diez vírgenes eran amigas, vivían en un mismo lugar y salieron todas al encuentro del esposo. Pero cinco de ellas no estaban preparadas para afrontar las dificultades. No tenían aceite y era de noche. Entretenidas en mil negocios y caprichos se habían olvidado de lo principal y de esa forma lo perdieron todo. No habían caído en la cuenta que lo que realmente merecía la pena era una existencia basada en la fe, es decir, en la seguridad de que Dios vendrá y nos pedirá responsabilidades.

Desgraciadamente son muchos los que toman los acontecimientos de la vida a la ligera. Lo único que les preocupa es disfrutar irracionalmente y a costa de los demás. Hacen prevalecer su egoísmo, sus intereses personales, en todo momento. Cultivan en extremo sus caprichos, sus expansiones y su cuerpo, pero apenas son conscientes de que su espíritu exige también algunas atenciones.

La vida cristiana se inicia con el bautismo, pero ha de ir acrecentándose con el paso de los años, madurando progresivamente. No lo logrará si no cultivamos la fe, la esperanza y el amor. No todo el que dice “señor, señor”, entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumple realmente con la voluntad de Dios, expresada a través de los diversos acontecimientos de la vida. El Señor reconoce no a quienes le invocan con los labios, sino a quienes le reconocen y aceptan en su vida. No basta afirmar nuestra fe en el Señor y creer que eso nos salvará. La fe es imprescindible, pero de nada sirve si no va acompañada de frutos. El mismo Jesús nos dijo que los cristianos se conocerán por sus frutos.

La llegada del Señor nadie lo sabe. Son estúpidas, por lo tanto, las afirmaciones que a veces circulan en revistas, asociaciones etc., sobre el fin del mundo. El Señor nos ha dicho que velemos y estemos preparados porque vendrá como un ladrón en la noche. Es decir, que lo que realmente debe preocuparnos no es el día y la hora de su venida, sino llevar una vida digna de nuestra investidura bautismal. De ese modo nada hemos de temer.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Temo el fin del mundo?
- ¿Estoy preparado para dar cuenta al Señor de mi vida?
- ¿Creo en Dios tan sólo de palabra o le admito en mi vida y soy consecuente con mi fe?
- ¿Invito a los demás a velar y a orar?

## 32. Juicio Final

*“Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria rodeado de sus ángeles” se sentará en su trono, como rey glorioso. Delante de El se reunirán todas las naciones. Como el pastor separa las ovejas de los machos cabríos, así también lo hará El. Separará unos de otros y los machos cabríos irán a su izquierda y las ovejas a su derecha” (Mt 25, 3)*

Mateo resalta en este relato la divinidad de Jesús que aparece como “el rey”, título que antes tan sólo se aplicaba al Padre. Este juicio da por supuesto la resurrección general y nos indica que todos seremos juzgados por el amor.

Pero sobre la fecha y detalles de este acontecimiento nada sabemos. Y faltaríamos a la voluntad de Dios si, dejándonos llevar por nuestras propias cavilaciones, inquietamos a los demás fijando días o datos sobre el particular. Lo importante para un cristiano es saber que:

— la muerte es el final de la vida en libertad.

Tras la muerte cada uno rendirá cuentas a Dios. Por lo tanto, el juicio personal se le hará a cada uno inmediatamente después de haber muerto;

— Dios es justo y mide con la misma medida con que cada uno haya medido a los demás. Por eso se habla en este párrafo del evangelio sobre la materia de que constará el juicio

— Dios, al juzgarnos, no tendrá en cuenta tan sólo si hemos cumplido nuestros deberes para con El, sino tam-

bién si hemos amado al prójimo como a nosotros mismos;

- Cristo, si bien no debe ser confundido con el prójimo, gusta de identificarse con él, sobre todo a la hora de pedir cuentas sobre el amor. El bien que hagamos a los demás repercute en Cristo y el mal que hagamos también.

Muchos viven preocupados por sus problemas del “más acá”, y apenas se acuerdan de que lo que realmente importa, lo que es totalmente seguro, es el “más allá”. Al “Reino preparado desde siempre” tan sólo podrán entrar los que hayan orientado su vida por las leyes del amor. Cristo condena por completo el egoísmo. De nada servirá que en la tierra le hayamos alabado con los labios, o entonado himnos en su honor. Lo que probará la madurez y claridad de nuestra fe será el amor que hayamos profesado al prójimo. Y no se trata de un amor pasivo (no hacer daño a nadie), sino de un amor activo, capaz de dar la vida por los demás.

Cristo nos dio ejemplo. No sólo alabó al Padre de los cielos con su boca. Dedicó toda su vida a servirle a sus hermanos, los hombres. Y por ellos aceptó la muerte de Cruz, para su rescate.

Habrà quien también hoy le diga a Cristo: “*¿Cuándo te vimos hambriento o desnudo?*”. Porque muchos viven tan apegados a lo suyo, tan confortables con sus posesiones que apenas advierten la presencia de los pobres, los encarcelados y los desnudos. Nos encerramos a veces en nuestro pequeño mundo y todo lo demás nos resulta ajeno. Aunque sea legítimo lo que tenemos debemos compartirlo de alguna manera, solidarizarnos con quienes no tienen nada, estimular a quienes no ponen a producir sus talentos. El prójimo no debe resultarnos nunca ajeno.

Y prójimo no es el que está lejos de mí o el más próximo (familiarmente hablando), sino todo el que Dios pone en mi camino, aunque no sea de mi clase, mi raza o mi nación.

Cristo nos adelanta algunas de las preguntas que se nos harán aquél día. Se nos preguntará si hemos vestido al desnudo, o hemos dado de comer al hambriento y de beber al sediento, o hemos visitado al que estaba en la cárcel. También en nuestros días deben ser practicadas esas obras de misericordia, por exigencias del evangelio y de la justicia que pregona. Promover al marginado, hablar por el que no tiene voz, presionar a los explotadores. . . son otras tantas maneras de proceder como cristianos.

Cada uno deberá examinar con sinceridad su vida y ver cuáles son realmente las exigencias que el evangelio le pide allí donde vive y entre quienes se mueve.

Cristo no admite neutralidades. Los que han orientado su vida por el camino del amor al prójimo y se han esforzado por hacer el bien como exigencia de su fe, irán a su derecha, es decir, a formar parte de la gran familia de los hijos de Dios. Allí será la plenitud de la fraternidad, el gozo total, la clara visión de Dios. Los que han vivido en la tierra como hermanos, es justo que vivan también como tales al lado de Dios.

Quienes hayan orientado su vida por las sendas del egoísmo, el odio, el rencor, la desidia, la falta de preocupación por los demás, irán a su izquierda. No podrán disfrutar de las consecuencias del amor, sino de las del odio. Se sentirán frustrados porque nadie (ni el mismo Dios) querrá compartir con ellos lo que ellos jamás compartieron con los otros.

Sepamos desde un principio que el que no está con Cristo, está ya en contra de Dios. Y está enfrentado con Jesús el que no es capaz de amar a su prójimo y compartir la vida con él.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Soy esclavo de mis caprichos?
- ¿Deseo que todos me sirvan?
- ¿Cuenta algo el prójimo en mi vida?
- ¿Me contento con no hacer mal a nadie, o me preocupo también de hacer el bien a los demás?

### 33. Hemos recibido sus dones

*“El Señor de los cielos es como un hombre que, al partir a tierra lejana, reunió a sus servidores y les encomendó sus pertenencias. Al primero le dio cinco talentos; a otro le dio dos y al tercero sólo uno; a cada uno según su capacidad, e inmediatamente se marchó” (Mt 25, 14).*

Es importante leer con cierta atención esta parábola. Ella puede dar sentido a nuestra vida, aunque personalmente hayamos llegado en ocasiones a pensar que no la tiene.

Es necesario convencerse de que todos tenemos una misión que cumplir. Dios no crea a nadie inútil. El mudo, el sordo, el lisiado, el enfermo, todos tienen un papel que desempeñar en la vida, aunque no lo veamos a primera vista. No todo puede ser felicidad, salud y vigor. La debilidad y el dolor, la satisfacción y el gozo son valores contrapuestos para el hombre, pero absolutamente ligados para Dios.

Si en verdad nos sentimos cristianos y esperamos la realización del Reino de Dios, no podemos quedarnos con los brazos cruzados. Cada uno ha de poner a rendir sus dones y carismas personales.

Los que recibieron cinco y dos talentos, respectivamente, negociaron con ellos. Es decir, se sintieron responsables al recibirlos y trataron de multiplicarlos. Por eso el señor posteriormente les confió más porque vio que eran dignos de asumir responsabilidades. En cambio, el flojo que escondió su talento por miedo se parece a quienes reciben la fe de sus mayores, pero no la asimilan ni la sienten. Viven de espaldas a las exigencias del Reino. A estos aún lo poco se

les arrebatará porque han demostrado no ser capaces de responsabilidad alguna.

Dios llama a todos sin excepción, pero ayuda a perseverar únicamente a quienes ponen todo lo que pueden de su parte. No quiere desperdiciar sus dones bajo ningún concepto.

Esta actitud justa, pero radical del Señor, debe llevarnos a examinar nuestra vida con toda honestidad. Pudiera ser que también nosotros olvidemos por flojera los talentos que el Señor nos ha confiado, y únicamente nos esforcemos en luchar por satisfacer nuestros caprichos.

Cada uno de nosotros tiene sus dones y sus cualidades. Todos nos necesitamos y complementamos. Por eso, si pertenecemos a una comunidad (la Iglesia) no podemos negarnos a colaborar en sus tareas.

Al cristiano ningún problema le debe resultar ajeno y tampoco ninguna estrategia. Dios le ha concedido unos dones naturales que debe hacer fructificar, ayudado por su gracia. En ningún modo debe apartarse del mundo para estar más cerca de Dios. Precisamente, eso es lo que reprocha el Señor al flojo de la parábola. El, por miedo al amo, por no disgustarlo, por conservar con él las buenas relaciones, entierra su talento. Y no es esa la actitud más correcta. Dios prefiere el riesgo. Para El es importante lanzarse, explorar, experimentar. La inteligencia que nos dio debe desarrollarse y cultivarse. La salud, el dinero, la profesión, no deben limitarse a buscar la forma de subsistir sin sobresaltos. Han de ponerse a producir al máximo en todos los sentidos, ya que el cristiano debe realizarse integralmente.

Pero vuelvo a repetir que Dios no hizo a nadie inútil. Aún los que se creen más insignificantes, pueden resultar vencedores dentro de la ascética cristiana. Pedro nunca soñó, siendo un humilde pescador, con ser elegido por Cristo como sucesor suyo. El no era rico y apenas sabía leer, e incluso era un poco anciano y cansado. Sin embargo, se puso en las manos de Dios y evidenció sus dones de guía, orientador y consejero.

Teresita de Lisieux entró en un convento de clausura siendo una adolescente. Siempre pensó que no sería de mucha utilidad ni al mundo ni a la Iglesia. Ni siquiera podía ir a tierra de misiones, como era su deseo. Hubo de conformarse con vivir encerrada en una celda, en un convento pobre, con otras muchachas y ancianas francesas que habían profesado su mismo género de vida. Pero allí mantuvo una vida espiritual tan ingenua y evangélica que su existencia fue percibida más allá de toda frontera.

Todos, cada uno en su lugar, su trabajo, su hogar o su empresa, su medio ambiente y su dedicación, podemos y debemos realizarnos como seres humanos en plenitud y como cristianos convencidos de que son útiles a la Iglesia y al mundo. Tomémonos en serio. No nos infravaloremos, pero tampoco nos tengamos en menos de lo que somos. Aceptémonos y Dios hará el resto.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Cuáles son mis dones más notables?
- ¿Respeto y aprecio las cualidades que otros poseen, o más bien las envidio?
- ¿Ocupo el lugar que me corresponde? ¿Me sobrevaloro o me desprecio?
- ¿Podría el Señor reprocharme el no haber rendido hasta el presente lo que debía?

## 34. Pasión, Cruz y Resurrección

*“Desde el mediodía hasta las tres de la tarde se cubrió de tinieblas la tierra. Cerca de las tres Jesús gritó con fuerza: Elí, Elí, lamá sabactani, lo que quiere decir: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Al oírlo algunos de los presentes decían: Está llamando a Elías. . . Entonces Jesús, gritando de nuevo, entregó su espíritu” (Mt 27, 45).*

Es Caifás quien organiza el complot para acabar con Cristo. No quería hacerlo durante la celebración de la Pascua para evitar mayores desórdenes entre los peregrinos.

Judas fue el juguete usado por los jefes del judaísmo. Cristo, durante la última Cena, advierte al traidor en repetidas ocasiones. Pero éste obcecado por la avaricia, persiste en su actitud, sin saber siquiera dónde iban a llegar los acontecimientos.

Durante la última Cena Cristo instituye la Eucaristía cuando dice sobre el pan: *“Esto es mi cuerpo”*, y sobre el vino: *“Esta es mi sangre, la de la nueva alianza que será derramada por todos para perdón de los pecados”*.

La muerte de Jesús es la del “siervo paciente” del que habla el A.T. Su Pasión, su Cruz y su Muerte señalan, juntamente con la institución de la Eucaristía, (misterio de amor) el establecimiento de la Nueva Alianza, no sujeta tan sólo a la ley, sino principalmente al amor fraterno.

Cristo mismo había dicho que la forma más clara de poner a prueba el amor al prójimo era dar la vida por él. Jesús la dio, libre y voluntariamente, aún a pesar de sentir verda-

dero miedo a la cruz y al martirio que se le echaban encima y que no desconocía ni en sus más mínimos detalles.

Para los judíos acabar con Jesucristo era echar por tierra toda su obra, silenciarle para siempre. Para Cristo su Pasión y su Muerte eran el paso inevitable hacia el triunfo definitivo.

El apóstol nos dice que así como por hombre, Adán nos vino la muerte, por otro hombre, Jesús, nos llegó la salvación y la vida. Cristo tenía que morir para redimir al género humano. Así lo quería el Padre de los Cielos y así demostraría su total amor a los hombres. Lo cual no dispensa de culpabilidad a quienes por envidia y egoísmo, lo condenaron.

Los judíos no podían entender el sentido de una muerte violenta. Para ellos el triunfo de Cristo hubiese sido inteligente si hubiese quedado como vencedor, aceptando el liderazgo de Israel como pueblo elegido y único. No entendieron a un Cristo que proclamaba la igualdad de todos los hombres ante Dios.

Para muchos hombres la muerte, el dolor, la enfermedad y los fracasos, son como una peste que hay que evitar a toda costa. No los soportan. Para quienes han puesto toda su confianza en el dinero, la fama o el poder, tiene que ser terrible el aparente desmoronamiento que traen consigo estas "deficiencias" de la naturaleza.

Para Cristo y para los que de verdad se sientan discípulos suyos, sufrir, padecer, el dolor, la enfermedad y la muerte, no son actos humillantes para la naturaleza humana, sino consecuencias inevitables de la condición del ser sobre la tierra, y también paso imprescindible hacia el éxito firme.

El cristiano es el que más sabe de la muerte. Mientras otros la consideran un mal, un momento terrible, para él (desde que Cristo murió) es un paso hacia la eternidad, el último y definitivo hacia una vida nueva.

Cristo padeció, fue despreciado y humillado. Su muerte ignominiosa hubiese sido un fracaso si realmente no hubiese triunfado sobre sus enemigos al resucitar. Por eso la muerte, el dolor y la enfermedad, para el cristiano son el camino hacia el éxito de la resurrección. Vanos serían nuestra fe, nuestros esfuerzos y sacrificios si Cristo no hubiese resucitado. Pero saber que El venció el dolor y la muerte, es el secreto que nos impulsa a seguir luchando en la vida.

Cristo mismo decía en el sermón de la montaña (las bienaventuranzas), que seríamos felices si la gente nos despreciase y perseguirse por defender la verdad, y que, por el contrario, ya habríamos recibido nuestra recompensa si todos nos adulasen y aplaudiesen por someternos a sus criterios y no a los de Dios. También a los falsos profetas (halagadores) los recibieron con palmas. A los verdaderos los martirizaron.

Cristo murió porque fue testigo de la Verdad y porque jamás claudicó ante las insidias y los intereses de los jefes judíos. Por eso lo mataron. Del mismo modo el cristiano verdadero será perseguido. Su honestidad molestará y dará en rostro a los corrompidos. Su defensa de la verdad hará rabiar a los hipócritas y mentirosos. Su creencia en el más allá, sacará de quicio a quienes se empeñan en creer que nada tiene sentido salvo lo que acontece aquí y ahora.

Cristo pudo escoger otro camino para redimir al género humano. Podía haberse servido del poder, que quisieron poner en sus manos, o de la autoridad que ejercía sobre las masas, e incluso de su capacidad para realizar, por virtud de arriba, prodigios y milagros. Pero rechazó esos medios porque generalmente, lejos de poner al hombre en actitud de servicio, lo envanecen hasta el punto de convertirlo en ídolo. En cambio, los medios que conllevan dolor, sufrimiento y entrega a los demás, son los más aborrecidos por el mundo y, por lo tanto, los más propicios para demostrar que se procede con honradez.

El cristiano no debe extrañarse de que muchos no comprendan su forma de pensar o su actitud frente a la vida.

Tampoco comprendieron a Cristo. Pero sí debe preocuparse cuando todo le resulte fácil de conseguir. El camino estrecho exige muchos sacrificios y no todos están dispuestos a seguirlo. Para el discípulo de Cristo los desprecios, las dificultades o el dolor no deben ser motivos de desánimo. Al contrario, han de constituirse para él en medios de purificación de la fe.

Cristo, por su muerte y su cruz, llegó a la Resurrección. Cada uno de nosotros, por la lucha de cada día, debe llegar también al triunfo definitivo sobre el mal.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Me espantan el dolor, la enfermedad y la muerte?
- ¿Pienso frecuentemente que un día resucitaré y pasaré a una vida nueva?
- ¿Ayudo a quienes sufren, fortaleciendo su fe y su esperanza?
- ¿Es en verdad la Cruz mi símbolo?

## 35. Edificaré mi Iglesia

*“Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra. Por eso, vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir cuanto les he encomendado. Yo estoy con ustedes todos los días hasta que se termine el mundo” (Mt 28, 19).*

Jesús se aparece resucitado a sus discípulos, quienes permanecieron durante su Pasión, excepto Juan, encerrados en una casa por temor a los judíos. No tenían la plena seguridad de que Cristo fuese el Hijo de Dios. Su muerte, humanamente lamentable, daba al traste con todas sus imaginaciones.

Por eso Cristo se esmera en “confirmar su fe”, demostrándoles que ha resucitado y que su doctrina y su persona trascienden todo lo creado. Sólo así, mediante la Resurrección, logró convencerles de que el Reino de Dios estaba cerca y de que el Padre de los Cielos había hablado claramente por medio de su Hijo.

Los discípulos llegan a creer, a partir de la Resurrección, en Cristo como enviado de Dios para todos los hombres, y se convencen de que no era tan sólo el Mesías de Israel.

Cristo, en su momento glorioso, se reviste de todo su poder universal y ordena a sus discípulos que prediquen la fe en todo el mundo, a “todas las naciones”. La entrada en la nueva comunidad cristiana, en la Iglesia, se haría a través del bautismo. La misión de los apóstoles será, sobre todo,

enseñar y evangelizar para que los cristianos lleguen a una fe madura y evangélica. Cristo promete su asistencia a esta iglesia suya hasta el fin de los tiempos.

Los católicos creemos también en la Iglesia como Una Santa, Católica y Apostólica. Sabemos que fue fundada por Cristo (ella y no otra), para alcanzar la perfección y ser el redil al que entren todos los discípulos de Jesús. Los apóstoles y sus sucesores (Papa y obispos) serán los encargados de ejercer sobre ella la potestad de gobernarla, instruirla y perfeccionarla.

La Iglesia, por lo tanto, es la comunidad de los creyentes en Cristo, bajo la legítima autoridad del sucesor de Pedro, el Papa. En esta Iglesia hay obispos, sacerdotes, religiosos y laicos. Todos unidos han de lograr que el Evangelio sea conocido por todos los hombres y que los bautizados se santifiquen a través de los medios que la misma Iglesia ofrece.

Todos en la Iglesia debemos sentirnos útiles y necesarios, ya que todos hemos sido invitados por Jesús a predicar su evangelio de salvación. A cada uno le corresponde anunciar el evangelio de Jesús.

Debemos ser muy conscientes de nuestra pertenencia a la Iglesia. Aunque no entendamos muchas de sus determinaciones hemos de permanecer unidos a ella, ya que Cristo depositó en su seno su mensaje y es ahí donde se encontrará siempre en toda su pureza. No debemos ser cristianos pasivos, sino críticos. Podemos dialogar con nuestra jerarquía, incluso manifestar respetuosamente ante ella nuestros puntos de vista, que pueden diferir de los suyos, pero siempre con el sano deseo de unir más los pareceres.

Los hombres que “gobiernan” la Iglesia más directamente (Papa, obispos, sacerdotes. . . ), son seres humanos como nosotros, pero han sido llamados por Dios para desempeñar los ministerios de la misma. Hemos de colaborar en todo con ellos.

La Iglesia Católica ha permanecido siempre unida a su Pastor, el Papa, y por eso ha evitado las divisiones que se

han dado en otras iglesias cristianas que no admiten el primado del Papa.

Como Iglesia, formamos una sociedad visible que debe actuar en el mundo con las normas que Cristo le confió, sobre todo con aquella que la obliga a ser comunidad de amor y de hermanos. Es decir, la Iglesia, fundada por Cristo, ha de obrar siempre en defensa y por los valores que Cristo le confió: amor al único Dios absoluto y al prójimo, procurando la justicia y la paz. De ese modo esta Iglesia, formada por los bautizados, establecerá en el mundo el Reino de Dios y participará un día del triunfo de Jesús.

### PREGUNTAS PARA EL DIALOGO

- ¿Soy católico porque me bautizaron en la Iglesia Católica, y no por propia convicción?
- ¿Pienso que la Iglesia la forman tan sólo los obispos, los curas y las monjas?
- ¿Qué apporto yo a la Iglesia Universal y, específicamente, cómo colaboro con mi parroquia?
- ¿Me siento realmente hermano de todos los bautizados?

## INDICE

Introducción	5
Algo sobre el Evangelio de San Mateo . . . . .	7
Evangelio y vida cristiana . . . . .	11
1. Genealogía de Jesús . . . . .	13
2. Madre y Virgen . . . . .	17
3. Tres hombres diferentes, pero con una misma fe . . . . .	21
4. El camino del exilio . . . . .	24
5. Un hombre con arrojo . . . . .	27
6. El bautismo de Jesús . . . . .	30
7. Seréis tentados . . . . .	33
8. Bienaventurados . . . . .	37
9. Se sal y luz en el mundo . . . . .	42
10. La ley del amor . . . . .	45
11. Amor sin barreras . . . . .	48
12. La viga y la paja . . . . .	51
13. Dar buenos frutos . . . . .	54
14. Id y predicad . . . . .	57
15. Seréis perseguidos . . . . .	60
16. El yugo de Cristo . . . . .	63
17. Somos libres . . . . .	66
18. Ser tierra abonada . . . . .	69
19. El pan verdadero . . . . .	72
20. Lo que mancha al hombre . . . . .	75
21. ¿Quién es Cristo para mí? . . . . .	79
22. Pedro es escogido . . . . .	82
23. Cristo se transfiguró . . . . .	86
24. ¿Pagar impuestos al templo? . . . . .	89
25. Hermanos en la fe . . . . .	92
26. Perdonar... ese es el secreto . . . . .	95
27. Matrimonio y celibato . . . . .	99
28. ¿Rico y cristiano? . . . . .	102
29. Batalla y triunfo . . . . .	105
30. El tributo al César . . . . .	108
31. Estar siempre en vela . . . . .	112
32. Juicio final . . . . .	115
33. Hemos recibido sus dones . . . . .	118
34. Pasión, Cruz y Resurrección . . . . .	121
35. Edificaré mi Iglesia . . . . .	125

Taller Ediciones Paulinas

Bogotá 1979

Impreso en Colombia - Printed in Colombia



# LA PALABRA CAMBIÓ MI VIDA

“La Palabra cambió mi vida”. Todos los cristianos, particularmente los más sencillos, cuando entran en contacto con Jesucristo mediante su Palabra, afianzan su fe, la alimentan, la transforman en vida de su existencia cotidiana. Con el deseo de ayudarles en este anhelo de conocer la Palabra de Jesucristo, el autor ha reunido estos comentarios hechos al Evangelio de San Mateo durante reuniones bíblicas y grupos de oración. Al final de cada comentario se dan algunas preguntas para dialogar y profundizar la Palabra meditada.